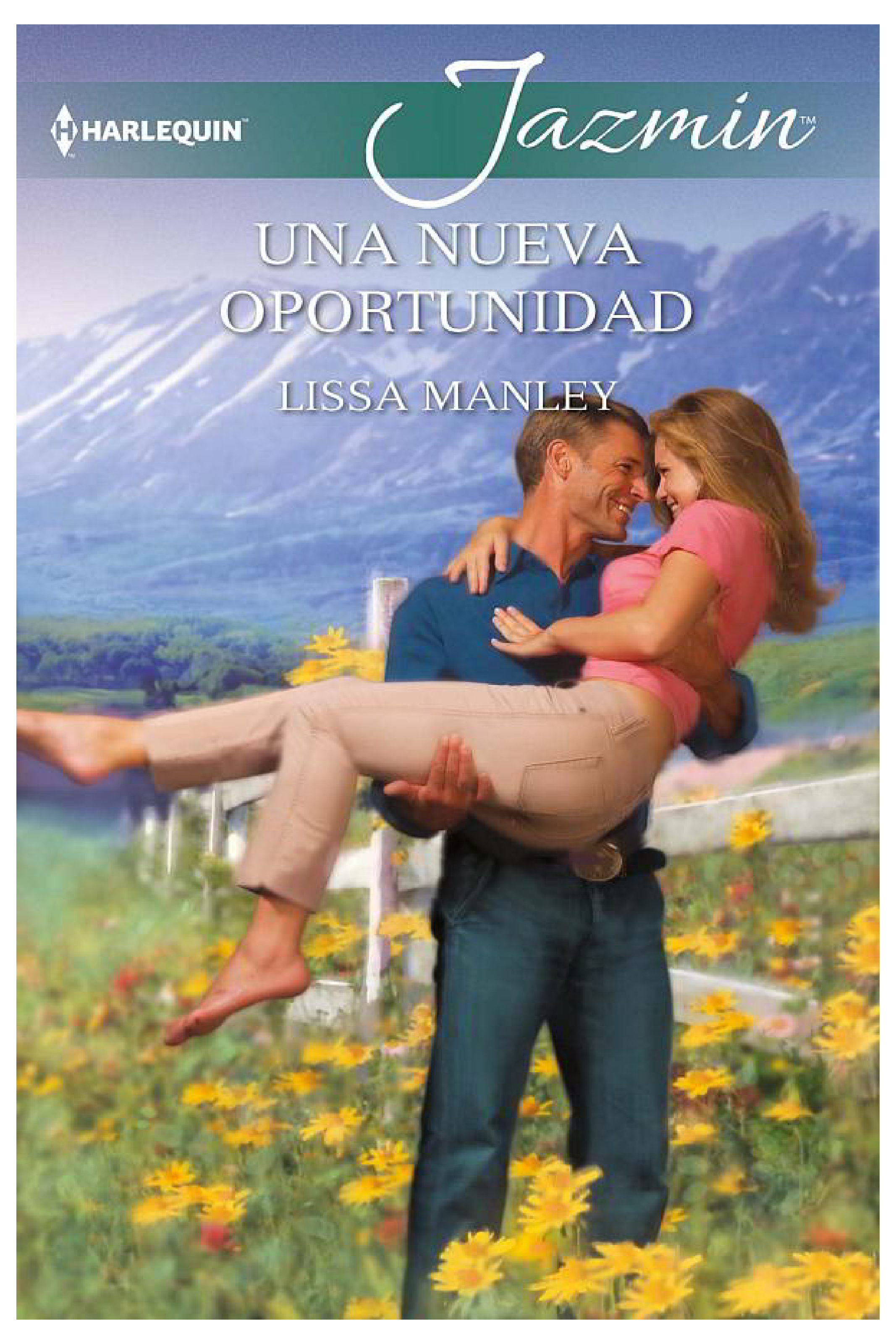

HARLEQUIN
Jazmin
UNA NUEVA OPORTUNIDAD
LISSA MANLEY



UNA NUEVA OPORTUNIDAD

Lissa Manley





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una nueva oportunidad, n.º1988 - mayo 2017
Título original: In a Cowboy's Arms
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

I.S.B.N.: 978-84-687-9675-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Jenny Brewster se apartó el pelo de la cara antes de plantarse ante la puerta de Ty McCall.

–Ya estamos aquí, Ava –le dijo a su hija, una preciosidad de dieciocho meses a la que llevaba a la cadera–. Nuestra nueva vida está a punto de comenzar.

Ava unió las manos y sonrió.

–¡Mami!

–Ha llegado el momento de conocer a mi jefe y su familia.

Intentando controlar su nerviosismo, Jenny llamó a la puerta de madera. La casa era de una sola planta y la fachada debía de haber sido pintada hacía poco en un bonito tono azul con las contraventanas en blanco. Aquel rancho parecía el lugar perfecto para que Ava y ella pasaran página en sus vidas, que era lo menos que se merecía su hija.

Mientras esperaba a que abrieran, miró a su alrededor. Delante de la casa se extendía una hermosa pradera de césped que parecía un mar de verdor. Alguien había invertido un montón de trabajo y de dinero, todo sea dicho, para mantener aquella enorme extensión de césped en el terreno seco del este de Oregón.

Los alrededores de la vivienda estaban delimitados con una valla de cadena y una puerta de vaivén en el camino de acceso, lo que la separaba del resto de construcciones del rancho que quedaban a su espalda.

Respiró hondo, aliviada. Menos mal que el señor McCall no había exagerado en cuanto a la seguridad de aquel lugar. Le había hecho un montón de preguntas a ese respecto cuando habían hablado por teléfono para concretar los detalles del puesto que le ofrecía como niñera y enfermera de su hija de diecinueve meses, enferma de diabetes. Aquel lugar parecía relativamente seguro, un buen sitio en el que criar a Ava, que era su prioridad.

Después de perder a Jack, haría lo que fuera por salvaguardar la vida de su hija.

Un instante después, un hombre de cabello gris y vestido con camisa a cuadros y vaqueros abrió la puerta.

–Supongo que sois Jenny y Ava –las saludó con una sonrisa y ofreciéndoles la mano. Tenía los ojos azules y al sonreír, brillaban.

A Jenny le recordó a su padre, lo que añadió un punto más de tranquilidad.

–Eso es –contestó Jenny, estrechando su mano.

–Soy Sam McCall, el padre de Ty.

–Encantada de conocerlo.

–Lo mismo digo. Espero que hayáis tenido un buen viaje –hizo un gesto con el brazo para invitarlas a entrar–. Dusty descargará vuestras cosas.

–El viaje ha sido bueno, gracias –contestó y las dos siguieron a Sam. Atravesaron un salón decorado en beige y azul suave, una cocina con sus cortinas de vichy rojo y blanco y muebles de madera, y llegaron a una acogedora sala de estar con un sofá a cuadros y una televisión que ocupaba el rincón de la librería.

Antes de que pudiera decir nada, se oyó la voz de un hombre que decía:

–Ven enseguida, Sam. Ha vuelto a hacerlo.

Jenny se volvió. La cara de un hombre de corta estatura y un bigotazo oscuro apareció por la otra puerta que tenía la habitación.

Sam suspiró.

–¿Qué ha pasado esta vez, Dusty?

–Que la vaca le ha dado una coz en la cara y le ha abierto la ceja.

Jenny abrió de par en par los ojos.

–¿A quién? –preguntó, mirándolos a ambos.

–Al loco de mi hijo. Enseguida voy –le dijo a Dusty y el joven asintió y cerró la puerta.

–¿Es que suele tener accidentes? –le preguntó, algo preocupada.

–Pues la verdad es que sí.

Al ver la cara de horror de Jenny, se apresuró a añadir:

–No es que sea torpe o descuidado, sino que se empeña en hacer siempre lo más difícil. Siento tener que dejaros así, pero tengo que ir a ver qué le ha pasado. ¿Os importa que…?

–Papá, estoy bien –lo interrumpió una voz suave y profunda–. No tienes que ir a ninguna parte.

Jenny sintió un escalofrío en la espalda al oír aquella voz tan masculina y cautivadora.

En la puerta estaba el hombre más guapo que había visto en toda su vida. Aunque traía la ceja abierta y sangrando, sus ojos azules, el pelo corto y revuelto y la constitución fuerte sobre la que los vaqueros tan ajustados que llevaba no dejaban ninguna duda, despertaron en ella todo su instinto femenino. Una parte de sí misma que pensaba que había muerto con Jack.

Él se la quedó mirando un momento antes de dedicarle una sonrisa de medio lado.

–Eh… usted debe de ser Jenny. Me alegro de que ya estén aquí. Siento lo de la sangre –añadió, señalándose a la cara.

Ella se aclaró la garganta intentando no dejarse deslumbrar por su atractivo. Por suerte su formación médica la ayudó a salir del trance.

–No se preocupe. ¿Me deja que le eche un vistazo a ese corte?

Él asintió y le mostró un maletín naranja chillón que traía en la mano. Era la caja de primeros auxilios.

–Ya sabía yo que iba a resultar muy útil tener aquí una enfermera.

Jenny intentó no quedárselo mirando como una idiota. Había ido hasta aquel lugar perdido de la mano de Dios en el este de Oregón, a aquel rancho de nombre Segunda Oportunidad, para trabajar de niñera y no para encontrar pareja, que era lo último que quería hacer.

Menos mal que Ava estaba «cocinando» en la preciosa cocinita de juguete que había en un rincón de la habitación y no había visto la sangre que le manchaba la cara a Ty. De todos modos, vio que él se acercaba ocultando la mejilla a la vista de la niña. Era un corte vertical como de un centímetro en toda la ceja. Tendría que desinfectarlo y seguramente darle puntos.

Sam se ofreció a quedarse cuidando de Ava mientras ellos dos volvían a la cocina. Al entrar, Jenny tuvo un pensamiento desagradable. Llevaba allí sólo diez minutos, y aunque le gustaba poder poner en práctica sus conocimientos de enfermería y honrar con ello la tradición familiar, el corte de Ty McCall bien podía significar que aquel lugar no era tan seguro como parecía.

¿Correría algún peligro Ava?

Y mientras se ocupaba de la herida, se preguntó por primera vez desde que aceptó el trabajo si no habría cometido un tremendo error al dejar su vida anterior.

«Genial», se dijo Ty, sentándose pesadamente en uno de los taburetes de madera de la cocina. Quién iba a imaginarse que la nueva niñera de Morgan iba a ser una hermosa mujer con unos ojos del color del mar en la tormenta y unas curvas lo bastante tentadoras como para enviar a cualquier hombre al infierno. Jenny Brewster no era la enfermera de libro que él se esperaba.

Mientras buscaba lo necesario en el maletín de primeros

auxilios, reparó en lo firme de su trasero. Al parecer, había cometido un error táctico dando por sentado que Jenny iba a ser un ratón de biblioteca como su hermano Connor.

Una imagen de Andrea se le materializó ante los ojos. Nunca le gustó vivir allí. ¿Por qué una mujer joven y hermosa como ella iba a querer quedarse allí, sin vida social alguna, lo que para él era una bendición, pero para otros una maldición?

Volvió a mirarla a hurtadillas. Vale. Era una mujer guapa, ¿y qué? Su hija necesitaba más a Jenny que él a una mujer fea por la que no sentir la menor atracción. La salud y el bienestar de su hija era su única prioridad.

Por eso había llamado a Connor Forbes, hermano de Jenny y compañero de universidad: para pedirle una enfermera que pudiera aceptar mudarse a aquel lugar en el último rincón de Oregón. La distancia que tendrían que recorrer los servicios de emergencia en caso de que Morgan volviera a tener una bajada de azúcar lo habían decidido a contratar los servicios a pleno rendimiento de una niñera que también fuera enfermera. Por suerte a Jenny la había entusiasmado la idea de mudarse allí.

Y allí estaba, como una respuesta a sus plegarias. Iba a limitarse a darle la bienvenida y a presentarse mientras ella le curaba el corte. Y lo único que habría entre ellos iba a ser una relación de trabajo.

Y nada más.

Jenny se volvió. Sonreía, pero parecía incómoda.

–Bueno, vamos a ver ese corte.

Ty respiró hondo y se recordó lo importante que era no pensar en su belleza. Jamás volvería a poner en peligro su corazón por una mujer.

Ella se acercó y con ese movimiento Ty sintió su calor y un delicado olor cítrico que intentó ignorar. Aun así, no pudo dejar de pensar durante un instante en lo bien que olía. Hacía mucho tiempo que no estaba tan cerca de una mujer. Y así tenía que ser para poder seguir viviendo como un monje con el fin de proteger a su hija y a sí mismo de otra pérdida.

–Primero voy a examinarlo, luego limpiaré la herida y después veremos si necesita puntos.

Se inclinó sobre él, con lo cual el olor a limón lo envolvió, y de pronto supo sin lugar a dudas que estaba demasiado cerca.

Sin pensar, apartó su mano.

–Eh… verá, es que estoy seguro de que con una tirita bastará.

Y acto seguido emitió un ruido que parecía mezcla de risa floja y

risa tonta. O más bien era el ruido que hacían los pájaros carpinteros. Qué bien.

Ella retrocedió y lo miró sin comprender.

–¿Qué? –exclamó con los brazos en jarras–. De eso nada. Hay que verlo.

Él se levantó.

–Bah. Ya me he hecho antes cortes como éste –contestó, acercándose a la caja de primeros auxilios–. Con una tirita, bastará.

Pero ella lo sujetó por un brazo.

–Haga el favor de sentarse, señor McCall. Aquí la enfermera soy yo, y digo que ese corte hay que examinarlo.

Él se paró en seco para mirarla. No estaba seguro de si le gustaba que fuera tan mandona, pero lo que desde luego no podía permitir que le gustara era el calor que estaba sintiendo a través de la camisa.

–No me obligue a atarlo a esa silla –continuó con tanta severidad que tuvo que sonreír–. No quiero hacerle daño, pero lo haré si es necesario.

Ty dudó. Le gustaban los hoyuelos que se le marcaban en las mejillas al sonreír y el modo en que había manejado la situación, con una mezcla de buen humor y carácter. No podía tener ni idea de por qué se estaba comportando como una rata, y no era culpa suya que de pronto hubiera sentido una apremiante necesidad de interponer espacio entre ambos, como tampoco lo era que su pasado la empujara a comportarse así.

Por otro lado, no le quedaba más remedio que admitir que tenía razón. El corte le dolía una barbaridad y era más que probable que necesitara una buena limpieza. Sabía bien dónde había pisado la vaca antes de cocearlo.

Por fin asintió y se sentó dócilmente en la silla.

–Tiene razón. Adelante.

Jenny asintió y acercándose de nuevo a él, inspeccionó la herida. El dolor le hizo apretar los dientes.

–¿Qué tal el viaje? –preguntó, en un intento de abstraerse del dolor.

–Bien –contestó ella, acercándose al maletín de primeros auxilios–. Ava ha venido dormida durante un buen trecho, y aparte de la parada en La Grande para comer y después para tomar un café en Baker City, hemos venido de un tirón –se volvió de nuevo–. Ha tenido suerte, señor McCall. No voy a tener que coser, así que limpiaré la herida, la desinfectaré y le pondré unos puntos de papel.

Por un momento pensó pedirle que lo llamara Ty, pero después

pensó que cuanto más formal se mantuviera su relación, mejor.

–Ha llegado en el momento oportuno. Mi padre me habría puesto un trozo de cinta aislante y andando.

Ella se echó a reír y él sintió un extraño calor en el cuerpo.

–Mi hermano Aiden habría hecho lo mismo. Es fotógrafo de prensa y el rebelde en una familia de vocaciones médicas. Mi padre lleva años trabajando como médico en Oak Valley y Connor, como ya sabe, también es médico. Esto le va a doler un poco –dijo. Iba a aplicarle una compresa con desinfectante.

Siguió ocupándose de la herida e invadiendo su espacio vital durante unos minutos, de modo que Ty, resignado, cerró los ojos y la dejó hacer. La verdad era que sus maneras y la forma en que movía las manos resultaba muy relajante.

Incluso podría decir que estaba disfrutando con tantos cuidados. Andrea nunca había hecho algo así. Sólo cuidaba de sí misma.

Cuando Jenny terminó y comenzó a recoger, fue todo un alivio. Ty se levantó del taburete. La cabeza le dolía y tuvo que volver a sentarse porque la cocina le daba vueltas. Qué idiota. Mira que dejarse cocear…

Pero todavía se sintió más idiota al darse cuenta de que su plan para mantenerse inalterable ante la presencia de Jenny no había funcionado.

Capítulo 2

Jenny estaba recogiendo después de haberles dado de merendar a las dos niñas. Habían tomado mantequilla de cacahuete y galletas sin azúcar y en aquel momento las dos estaban jugando a sus pies, aporreando las cacerolas que les había dejado.

Ava era una niña de pelo rubio y rizado y Morgan lo tenía liso y castaño, y al mirarlas Jenny dio gracias a Dios de que se hubieran hecho tan pronto buenas amigas. Sonrió. Todo iba bien.

Había acertado con el cambio. En el rancho se sentía como en un capullo, frágil y seguro, que le proporcionaba una serenidad como no había sentido desde la muerte de Jack. Ava era feliz allí, estaba a salvo de cualquier daño y la vida transcurría en una rutina predecible que la hacía sentirse segura.

Llevaban sólo tres días allí, pero ya encontraba absurdos los temores que había experimentado al llegar, especialmente los relacionados con la atracción que pudiera sentir hacia Ty.

Se marchaba casi de madrugada y volvía tarde por las noches. Apenas se veían, y aunque jamás volvería a estar tan unida a un hombre como lo había estado a Jack, ya que el dolor de su muerte se ocuparía de ello, era un alivio que Ty no anduviera por la casa, ni siquiera a la hora de la comida o de la cena.

Justo cuando terminaba de aclarar las tazas de las niñas, Sam entró en la cocina.

–Acabo de estar en la valla que Ty y los muchachos estaban reparando, y ya han terminado –dijo, abriendo la nevera–, así que Ty se ha venido conmigo. Ahora está en la ducha. Cenará en casa, así que voy a preparar unos sándwiches de carne.

A Jenny se le escapó una de las tazas de la mano. Menos mal que eran de plástico. El estómago le había dado un vuelco.

–¿Ah, sí? –preguntó, llevándose la mano a la cintura–. Estupendo.

Mientras Sam empezaba con los preparativos de la cena, ella se llevó a las niñas al cuarto de estar a jugar a los cacharritos, como decían ellas. ¿Cómo podía hacer una montaña de un granito de arena? ¡Pero si sólo iba a cenar con su jefe! Lo que tenía que hacer era concentrarse en su trabajo en lugar de andar dándole vueltas a que el increíble Ty McCall iba a estar en la misma habitación que

ella en una hora poco más o menos.

Después de comer un montón de veces lo que las niñas preparaban, se las llevó a jugar al jardín. Ty había montado unos columpios de plástico para las niñas y tenía que estar muy pendiente de ellas, sobre todo cuando querían subir al tobogán. Ojalá aquel día tan cristalino de principios de verano le calmase un poco los nervios.

Media hora más tarde, Sam las llamó a cenar y tomando a las niñas de la mano, entraron las tres en la casa. Después de lavarles las manos, comprobó el nivel de glucosa de Morgan, anotó el resultado en el control diario y le inyectó la cantidad de insulina adecuada. El control era satisfactorio. Luego acomodó a las niñas en sus tronas.

Justo cuando creía tener ya los nervios bajo control, Ty apareció en la cocina.

Ningún hombre debería tener derecho a estar tan guapo: recién duchado, el pelo todavía húmedo y las mejillas sombreadas por la barba del día. Ni siquiera los puntos que todavía llevaba en la ceja lo estropeaban, y aquellos viejos Levi's que llevaba le sentaban de maravilla a sus piernas largas y bien torneadas. Lo mismo que la camisa que llevaba remangada, dejando al descubierto unos antebrazos morenos y cubiertos de un vello suave.

Sonrió y se frotó las manos.

–Me muero de hambre, y tengo entendido que hoy tengo mi cena favorita: sándwiches de carne –miró a su padre–. Espero que hayas hecho muchos. Podría comerme una docena.

Y luego besó en los mofletes no sólo a su hija, sino también a Ava, lo que encendió las llamas de una pequeña hoguera en el estómago de Jenny.

–Mira qué dos preciosidades tenemos aquí –dijo, una mano en cada cabecita. ¿Qué vais a cenar vosotras?

–¡Macarrones y queso! –exclamó Morgan, levantando un brazo en el aire.

Ava aplaudió entusiasmada.

–¡Sí! ¡Macarrones y quesito!

–Les encanta, ¿verdad? –preguntó Ty, revolviéndoles el pelo–. ¿Consigues que coman otras cosas? –quiso saber al tiempo que se acercaba al sitio que iba a ocupar en la mesa. Ese sitio quedaba, desgraciadamente, al lado de Jenny.

Qué horror. La cocina entera olía a hombre limpio. Carraspeó evitando mirarlo a los ojos y decidida a ignorar cómo llenaba toda la estancia con su presencia.

–Eh… bueno, sólo a veces. A Ava le gusta mucho la fruta y el pan, y a Morgan el queso y las galletas. Y cualquier cosa que lleve mantequilla de cacahuete.

–A mí también me encanta –contestó Ty, y para sorpresa de Jenny, se acercó y separó la silla de la mesa para que se sentara–. Las señoras primero –dijo.

Jenny se sentó, y menos mal que lo hizo, porque sus piernas a punto habían estado de dejar de funcionar.

–Gracias –contestó, impresionada y conmovida por tanta caballerosidad.

Ty ayudó a su padre a llevar la comida a la mesa. No sólo había preparado lo necesario para los sándwiches de carne, sino patatas fritas con bajo contenido en grasa, salsa y un plato de fruta que hizo que a Jenny se le hiciera la boca agua. Al parecer, Sam estaba intentando controlar su peso y el colesterol.

Jenny observó a hurtadillas a Ty para ver cuál era su reacción ante aquella comida, que muchos otros hombres considerarían menú de grillos. Pero se llevó una gran sorpresa al ver que parecía encantado.

–¿Qué tal ha estado hoy el nivel de glucosa de Morgan? –le preguntó Ty mientras se servían.

Jenny terminó de servirse las patatas. Era un alivio que la conversación empezara por un tema que le resultaba aceptable: su trabajo.

–Bien. Ni por debajo de noventa, ni por encima de ciento cincuenta.

–Estupendo. Menos mal que últimamente lleva un tiempo muy estable –comentó, acariciando la mejilla de su hija llena de macarrones y queso, y mirándola con innegable devoción–. No me gustaría tener que pasar más hipoglucemias.

Jenny sonrió intentando que no se diera cuenta de hasta qué punto la afectaba saber que se preocupaba tanto por su hija.

–Lo comprendo, pero piense que tenemos siempre preparada la inyección para las bajadas y que a largo plazo, son más peligrosas las subidas.

–Lo sé –contestó tras tomar un bocado de su sándwich–. Pero aun así me gustaría evitarlas siempre que sea posible, aunque sé que es muy difícil tratándose de una niña tan activa como Morgan.

–Haremos todo lo posible –respondió Jenny. Era fácil darse cuenta de lo mal que debía de haberlo pasado cuando su hija, unas tres semanas atrás, había tenido un episodio de hipoglucemia que había requerido la presencia de una ambulancia con personal

médico de Baker City–. Siempre que nos ciñamos al régimen del endocrino pediátrico, la niña estará bien.

Las pequeñas se acabaron rápidamente la cena y las dos quisieron bajarse de sus tronas. Sam se ofreció a acompañarlas al cuarto de estar para que vieran una película de dibujos animados antes de que Jenny las bañara y las acostara.

De pronto se encontró a solas con Ty en la cocina y con la misma incapacidad comunicadora que una adolescente en su primera cita. Su apetito desapareció de pronto y cambió de postura en la silla. Demonios… aquello no era una cita, sino una cena con su jefe. La idea de volver a salir con un hombre, de abrir de nuevo su corazón, la aterrorizaba.

Dejó a un lado su plato y volvió a recordarse que Ty era sólo el hombre que la había contratado, y debía ser agradable y abierta con él sólo lo estrictamente necesario para que el ambiente de trabajo fuera agradable y su conversación entretenida. A lo mejor incluso podía preguntarle qué le había pasado a la madre de Morgan, un detalle que sólo quería conocer, o al menos eso se decía, por el bien de la niña.

Un incómodo silencio se adueñó de la habitación mientras Ty se preparaba su tercer sándwich.

–¿Cuántos sándwiches se va a comer?

–Con éste ya tengo bastante –contestó, mostrándole el enorme sándwich de varios pisos que se había preparado–. Luego tomaré unas cuantas patatas con salsa y a media noche me escabulliré para venir a comer algo más –y acercándose a ella para una confidencia, añadió–: mi padre sigue comprando helado con toda su grasa y todo su colesterol.

Jenny no tuvo más remedio que sonreír, a pesar de que el estómago le estaba haciendo cabriolas.

–Esto no es suficiente para usted, ¿verdad? –preguntó, señalando la comida.

–No, y menos aún después de pasarme todo el día ahí fuera trabajando –se encogió de hombros y se metió una patata en la boca–. Pero no quiero decírselo a mi padre. Se preocupa demasiado porque nuestras comidas sean sanas como para herir sus sentimientos con quejas. Lo que hago es que me como lo que me prepara y luego, cuando él ya no está, añado algo más.

Jenny sintió que el corazón se le encogía.

–Es usted muy considerado –contestó en voz baja mientras jugaba con el tenedor en el plato y pensaba que ojalá no fuera tan atractivo en todos los sentidos. Así sería más fácil mantenerlo en la

casilla de «el jefe».

Tras un largo silencio, Ty le preguntó:

–¿Y qué tal le van las cosas con las niñas?

–Muy bien –respondió, encantada con que la conversación volviera al trabajo–. Se llevan de maravilla y las dos tienen las mismas costumbres en cuanto a siestas y demás.

La verdad es que la había sorprendido que la vida de Morgan estuviera tan bien estructurada, teniendo en cuenta que su educación era sólo cosa de él y que trabajaba todas las horas del mundo.

–Bien. Las dos parecen estar encantadas –hizo una pausa y se aclaró la garganta–. ¿Le importa si le hago una pregunta… personal?

Jenny lo miró un poco recelosa. Por supuesto que le importaba. No quería que su relación pudiera salirse del cauce profesional jefe-empleada. Pero era evidente que su bien más preciado estaba bajo su responsabilidad, y eso le daba derecho a hacer preguntas personales. Hasta cierto punto, claro.

–No, no me importa –contestó–. ¿Qué quiere saber?

Él apoyó los codos en la mesa y la miró fijamente.

–¿Por qué una mujer joven y guapa como usted ha decidido venirse aquí a vivir en este lugar perdido de la mano de Dios?

El corazón le dio un salto al oír que la llamaba «guapa».

–Creía que habíamos hablado de ello en la entrevista telefónica.

–Más o menos. Me dijo algo como que quería vivir de la enfermería sin tener que contar con la ayuda de sus padres. Pero tiene que haber algo más –añadió, taladrándola con aquellos ojos suyos tan azules–. No es corriente que una mujer se decida a vivir aquí.

Debía de hablarle por experiencia propia.

–Eh… yo… bueno, es que necesitaba alejarme de Oak Valley –contestó con la esperanza de que no insistiera. No estaba preparada para compartir sus temores más profundos.

–¿Por qué?

Jenny se llevó una uva a la boca intentando ganar tiempo. ¿Cómo explicarle que necesitaba huir de la tristeza de los recuerdos que despertaba en ella Oak Valle, de la decisión que había tomado de cerrar a cal y canto su corazón para evitar volver a pasar por el dolor más intenso que había sentido en su vida?

Hablarle de la muerte de Jack le parecía… bueno, casi imposible. Y sin embargo, si intentaba empezar una nueva vida, principalmente por el bien de Ava, tenía que superar el dolor, o al

menos enfrentarse a él aunque fuera del modo más básico y primario. Tenía que ser capaz de hablar de ello.

Respiró hondo.

–¿No le ha hablado Connor de cómo murió mi marido?

Ty se quedó sin habla un instante y después negó con la cabeza.

–No –contestó.

Jenny retorció la servilleta entre las manos e intentó serenarse para poder seguir hablando.

–Él.. Jack… –carraspeó–. Era sanitario, y su unidad se dirigía a ayudar a las víctimas de un accidente de tráfico.

Cerró los ojos un instante.

–Siga, por favor –le dijo él suavemente.

Qué curioso. Tenía la sensación de que lo que estaba haciendo estaba bien. O al menos, que era aceptable. ¿Por qué? ¿Por qué se sentía tan cómoda con aquel hombre como para hablarle del acontecimiento más trágico de su vida? ¿Sería por sus ojos de mirada comprensiva, o por la anchura de sus hombros, que parecían capaces de soportar cualquier carga?

De pronto sintió una irrefrenable necesidad de hablar, así que respiró hondo y continuó.

–Era de noche y había llovido y Jack, en un gesto típico de él, conducía demasiado deprisa, anteponiendo el bienestar de otra persona al suyo propio. Al tomar una curva, la ambulancia derrapó y se salió del asfalto… –los ojos se le habían llenado de lágrimas, pero se forzó a continuar– y se fue a estrellar contra un árbol por el lado del conductor –una lágrima solitaria rodó por la mejilla–. Murió en el acto.

El dolor le subió por la garganta como una marea imparable. Si Jack hubiera tenido un poco más de cuidado…

–Su muerte sigue doliéndole, ¿no? –preguntó él en voz baja.

Ella asintió y al mirarlo sintió que la comprensión que brillaba en sus ojos la engullía.

¿Pero qué demonios le pasaba? ¿Por qué le había contado todo aquello? No eran amigos, ni siquiera un hombre con el que pretendiera tener una relación especial. Era su jefe. Nada más. No tenía por qué compartir algo tan personal con él.

Inesperadamente, Ty puso su mano sobre la de ella, una mano encallecida y endurecida por el trabajo.

–¿Está enfadada con él?

Jenny parpadeó varias veces. No quería pensar en lo reconfortante del calor de su mano, o en lo mucho que deseaba enlazar sus dedos con los de él y quedarse así un buen rato.

–Claro que no… –respondió, pero se detuvo, no fuera a terminar compartiendo con él su vergüenza más íntima.

–Es natural que lo esté –dijo él, apretándole la mano–. Decidió arriesgarse y la dejó sola, ¿verdad?

Su percepción era sorprendente. Parecía imposible que hubiera sido capaz de intuir que en el fondo ella estaba enfadada con su marido por ser un altruista, por arriesgarse, por anteponer el bien de otros al suyo propio.

Cambió de postura sobre la silla. Tenía que acabar aquella conversación.

–Creo que no debo…

Sam llamó desde el cuarto de estar y él levantó una mano para que callara.

–Enseguida vuelvo.

Jenny lo vio salir admirándose de la anchura de sus hombros y la estrechez de sus caderas, y al darse cuenta de lo que estaba haciendo, apartó la mirada avergonzada.

–¿Pero qué te pasa? –murmuró. No tenía por qué mirarlo así, lo mismo que tampoco tenía que haberle contado tanto.

Pero por alguna razón se había sentido impelida a confiar en él. Y él había sabido ver en su interior y comprender. Aunque su familia la había apoyado desde el principio, no parecían comprender lo enfadada que estaba con Jack por correr un riesgo que había terminado por dejarlas solas a su hija y a ella. A veces ni siquiera era capaz de reconocer sus propios sentimientos, de enfrentarse a la culpabilidad y la vergüenza que la desgarraban por dentro cuando analizaba las causas de la muerte de Jack.

Y para colmo, después del poco tiempo que llevaba con Ty, se sentía emocionalmente atraída por él, de un modo que iba más allá de lo azules que fueran sus ojos o de lo impactante de su sonrisa.

Y eso era mucho más peligroso que cualquier necesidad física.

Ty le explicó a su padre cómo funcionaba el DVD nuevo y después se detuvo un instante antes de entrar en la cocina para ordenar sus pensamientos antes de sentarse junto a Jenny.

Tenía que reconocer que verla llorar por la muerte de su marido le había causado un impacto tal que no sólo había despertado en él compasión, sino un arraigado afán de protección que creía olvidado. Había querido abrazarla, calmar su dolor y borrar la culpabilidad que palpitaba en sus hermosos ojos verdes.

Mal. Empezaba mal. Jamás debería pensar ni remotamente en

proteger a la niñera de su hija, y mucho menos sentirse atraído por ella. En ningún sentido. Como si pretendiera dejarlo claro, la imagen de Andrea se le apareció ante los ojos.

«No olvides el dolor, McCall».

No podía olvidar que las mujeres desaparecían en cuanto las cosas empezaban a ponerse feas, y no estaba dispuesto a volver a pasar por un infierno semejante.

Así que la muerte de su marido la había afectado mucho. Así que se sentía vulnerable y era más atractiva que cualquier otra mujer con la que hubiera estado hacía mucho tiempo. Y puesto que saber que había sufrido lo afectaba, no podía permitirse acercarse demasiado a ella.

Volvió a entrar en la cocina con las ideas claras, decidido a hacerle unas cuantas preguntas más sobre las dosis de insulina de Morgan y se la encontró en el fregadero, aclarando los platos para meterlos en el lavavajillas.

–No tiene por qué hacer eso –le dijo.

Ella se volvió un instante y luego siguió con lo que estaba haciendo.

–No me importa. Sam está entreteniendo a las niñas y usted ha tenido un día muy largo. ¿Por qué no se sienta y se relaja un rato?

Esa consideración proporcionó calor a un lugar en su interior que llevaba mucho tiempo frío, pero como desconfiaba de la sensación, contestó que no con la cabeza:

–No va a hacerlo todo usted. Páseme la bayeta, que limpio la mesa.

Ella la aclaró y se la entregó junto con una botella de limpiador antibacterias.

–Échele un poco de esto.

Él se volvió a la mesa y antes de que pudiera preguntarle lo de la insulina, fue ella quien habló:

–¿Por qué no me habla de lo que ocurrió con la madre de Morgan?

Él se quedó inmóvil un segundo.

–¿A qué se refiere? –preguntó, frunciendo el ceño.

–Connor me ha dicho que están divorciados –contestó ella, mirándolo con sus preciosos ojos verdes–. ¿Por qué?

Ty la miró sorprendido de que le hiciera una pregunta tan personal, pero luego siguió limpiando.

–Las cosas no salieron bien –dijo, aunque su definición no se acercaba a la realidad ni de lejos. Su matrimonio con Andrea había sido un desastre desde el principio.

Jenny se acercó a recoger los manteles individuales.

–¿Qué ocurrió?

Ty siguió limpiando, frotando una mancha inexistente en el tablero de la mesa.

–¿Cuántas unidades de insulina le ha puesto hoy a Morgan?

Ella le sujetó el brazo.

–Creo que la mesa ya está limpia –dijo con suavidad–. Estoy segura de que preferiría cambiar de tema, pero creo que tengo derecho a saber lo que pasó con la madre de Morgan.

–¿Derecho?

–Sí, derecho –insistió ella mirándolo con decisión–. Su ex mujer no sólo lo dejó a usted, sino también a la niña, y creo que debería conocer algunos detalles.

Quizá tuviera razón. Aunque hablar de los actos de su ex mujer le llenaba la boca de sabor a bilis, quizá fuera necesario que Jenny lo supiera. Por el bien de Morgan, desde luego.

Se acercó al fregadero.

–A Andrea no le gustaba vivir aquí –dijo, y aclaró de nuevo la bayeta–. Decía que era aburrido e insoportable. Incluso después de que naciera Morgan, seguía sintiéndose incómoda y se iba casi todas las semanas a Portland de compras y a ver a algunas amigas. Pero como teníamos una hija, yo albergaba esperanzas.

Esperanzas de amor. De comprensión. De un final feliz.

–Fui un estúpido por esperar que las cosas funcionaran. En cuanto a Morgan le diagnosticaron la diabetes, Andrea se marchó. Dijo que no iba a ser capaz de cuidar de un niño con una enfermedad crónica –hizo una mueca–. Y se marchó así, sin más, y no he vuelto a verla.

Jenny se quedó en silencio un instante.

–Los abandonó –concluyó sin más. Una sentencia desnuda y cortante como una cuchilla.

–¿No me diga? –espetó, herido por su respuesta.

Jenny sujetó su brazo un instante.

–No, perdóneme. No quería decir lo que he dicho. Es que me resulta… increíble que una mujer pudiera abandonar deliberadamente a su marido y a su hijo –respiró hondo–. Siento haber sido tan brusca. Es que siendo yo viuda como soy por puro capricho del destino, no puedo imaginarme cómo otra persona puede dar media vuelta sin más y desaparecer por voluntad propia.

–Comprendo –dijo él, más tranquilo–. Siento haber reaccionado así.

Ella sonrió y cerró la puerta del lavavajillas.

–Es fácil reaccionar de ese modo cuando las heridas están frescas, ¿verdad?

–Sí… supongo que sí –se encogió de hombros–. Aunque no me gusta admitir que estoy herido.

–En mi caso, la muerte de Jack dejó una herida que no sé si sanará alguna vez –contestó, colgando en su sitio el paño de cocina.

Por alguna razón, pensar que aquella mujer pudiera seguir herida el resto de su vida lo molestó.

–¿Quiere decir que no va a volver a casarse?

Era curioso que su respuesta pudiera parecerle tan importante.

Ella se quedó pensativa unos instante y luego contestó con la voz teñida de tristeza:

–Exacto. Quise a un hombre y lo perdí, y no quiero volver a estar en una situación parecida.

Ty colocó las sillas alrededor de la mesa, entristecido porque una mujer joven y hermosa como Jenny pensara estar sola para el resto de su vida, un futuro que para sí mismo era fácil de imaginar, pero no para ella.

–Lo entiendo perfectamente –contestó–. Es la dependencia lo que no se puede soportar.

Ella se volvió y se cruzó de brazos apoyada contra la encimera.

–Tenemos mucho en común, ¿no?

Antes de que pudiera contestar, Ava llamó a su madre para que fuera a ver el perrito que salía en la tele y ésta, con una sonrisa que a él le gustó demasiado, salió de la cocina.

Ty se quedó inquieto. Sí, tenían algo en común: a los dos los había engañado el amor. Estaba claro que ella lo comprendía como nadie podría hacerlo mejor y de un modo que la hacía sentirse abierta y vulnerable.

Y eso le daba un miedo de muerte.

Capítulo 3

El día siguiente amaneció con un cielo azul y un sol cálido. Jenny estaba sentada en el jardín de la parte trasera de la casa, viendo jugar a las niñas en la estructura de plástico amarilla y verde. Era un alivio que el jardín estuviera vallado, de modo que las niñas no pudieran salirse y ningún animal peligroso pudiera entrar. Imaginar que Ava o Morgan pudieran salirse y resultar heridas por los caballos, las vacas o algún tractor, le ponía los pelos de punta.

Acababa de darles de comer los macarrones que habían quedado del día anterior e iba a dejarlas jugar un rato más antes de llevarlas a la cama para que durmieran la siesta. Teniendo en cuenta que ella había estado despierta prácticamente toda la noche pensando en cierto vaquero de ojos azules, seguramente también se echaría un rato.

Aunque intentaba concentrarse exclusivamente en su trabajo, no había podido dejar de pensar en lo que Ty le había dicho la noche anterior.

Su esposa los había abandonado.

Como le había dicho a él y por su propia experiencia personal no podía comprender cómo una mujer podía alejarse voluntariamente de su familia. Pero lo que sí comprendía muy bien era el dolor que había visto en los ojos de Ty.

Ambos eran muy parecidos.

Esa idea enlazaba rápidamente con otra que le resultaba mucho más molesta: el hecho de que no podía negar la atracción que sentía por él. Se estaba dando cuenta de que aquel hombre podía tentarla para recorrer un camino que no quería volver a pisar, y ése era un riesgo que ni siquiera quería calibrar.

Mordiéndose el labio, se cruzó de brazos. Ty era peligroso, y si era capaz de no olvidarlo, todo iría bien. Menos mal que no pasaba mucho tiempo en la casa. Si podía salir airosa de las pocas cenas en que se encontraran, siempre podría escabullirse a su habitación en cuanto las niñas se fueran a dormir.

Un grito la sacó de sus cavilaciones. Ava había salido corriendo con el conejito de peluche favorito de Morgan en la mano, y Morgan corría tras ella gritando. La niña era más alta y más rápida, así que enseguida le dio alcance, de un tirón le quitó el conejito y se

alejó con su premio. Ava se tiró al suelo y se quedó sentada llorando. Morgan se sentó en un rincón del patio con el conejo apretado contra el pecho.

–¡Es mío! –le gritó.

Jenny se levantó suspirando. Era hora de irse a dormir. Las dos estaban cansadas, así que tras decirles unas palabras de consuelo en voz baja, tomó a Ava en brazos y le dio la mano a Morgan para entrar.

Tras cambiarlas de pañal, estaban las dos tan cansadas que, apenas las dejó en sus cunas, Morgan en su habitación y Ava en la de su madre, las dos se quedaron dormidas.

Jenny también iba a echarse la siesta, pero antes fue a beber un vaso de agua. Cuando salía ya de la cocina, Dusty entró como una exhalación, su viejo sombrero de vaquero torcido.

–¿Dónde está Sam? –preguntó, mirando a su alrededor–. ¡Es una emergencia!

Jenny sintió que el estómago se le encogía, pero antes de que pudiera decir nada, apareció Sam.

–Estoy aquí –dijo–. ¿Qué ha hecho esta vez?

–El viejo Roscoe le ha dado en las costillas –Dusty se quitó el sombrero y volvió a ponérselo–. Ese animal es malo con ganas.

Jenny se quedó paralizada.

–¿Un… un toro ha herido a Ty?

–Eso parece –contestó Sam.

Ella tragó salida.

–¿Dónde está?

Dusty señaló por encima de su hombro.

–Ahí afuera, en la camioneta. Me ha costado una barbaridad traerle hasta ahí. Quería volver andando.

Jenny se puso en marcha seguida por Sam, que rezongaba en voz baja. Los toros podían mutilar a la gente, podían matar con tan sólo un golpe de sus cuernos. Dios, ¿qué le habría pasado a Ty? Dusty había dicho que quería volver andando, así que no podía estar tan malherido. Eso esperaba.

Dusty había aparcado la baqueteada furgoneta delante de la puerta. Cuando llegó ella, Sam ya había abierto el portón trasero de la zona de carga. Allí tumbado estaba Ty, con el rostro macilento, tirado sobre una manta como si fuera un soldado del campo de batalla.

Jenny se tranquilizó un poco al no ver rastro de sangre o de abultamiento extraño. Aparte del polvo que traía en la camisa y en el pantalón, estaba relativamente limpio, aunque el ceño fruncido y

las sombras que le oscurecían los ojos dejaban claro que estaba tan enfadado como dolorido.

Su padre se subió a la furgoneta.

–¿Qué ha pasado?

Ty se incorporó un poco y fue a encogerse de hombros, pero el dolor se lo impidió.

–Ya conoces a Roscoe –fue todo lo que dijo, echándose mano a la zona del estómago–. Creo que tengo alguna costilla rota.

–Maldita sea, Ty –masculló su padre–. ¿Por qué no dejas de una vez que otro se ocupe de ese maldito toro? Ya sabes la manía que te tiene.

–Y tú también sabes que de Roscoe me ocupo yo –respondió Ty con determinación–. No quiero que pueda herir a alguien.

Jenny lo miraba sin pestañear. Estaba teniendo la sensación de haber presenciado ya aquella misma escena, y un manto frío parecía estarle congelando las entrañas. ¿Cuántas veces había oído a Jack pronunciar aquellas mismas palabras?

¿Pero qué demonios le estaba pasando? Ella era una profesional de la medicina, una experta en salud que no podía escoger aquel momento para ponerse tierna y sentimental. Tenía que ser fuerte y eficiente y ocuparse de Ty. Apretando los dientes subió a la furgoneta y se arrodilló a su lado.

–¿Dónde están las niñas? –preguntó él con voz ronca.

–Durmiendo –contestó, obligándose a sonreír–, no te preocupes.

Él asintió y volvió a recostarse en la manta.

–Bien.

–Déjame echar un vistazo.

Ty fue a protestar, pero ella cortó por lo sano.

–No intentes discutir. Voy a desabrocharte la camisa para examinarte –sentenció, mirándolo a los ojos para que le quedara bien claro que con la enfermera Jenny no se discutía.

–Eres un poco mandona, ¿no?

–Bastante.

Sin más preámbulos le desabrochó la camisa. Su olor, una mezcla de hombre, tierra y sudor llenó el aire, y mezclado con la visión de su pecho fuerte, moreno y ligeramente cubierto de vello, despertó su instinto de un modo sorprendente. Intentó concentrarse, pensar en él sólo como un paciente herido que necesitaba su ayuda, pero su sangre se negaba a cooperar. Le costó un triunfo no echar a correr.

Ty la necesitaba. Bueno, no a ella, sino a sus conocimientos de medicina, así que estoicamente continuó, mordiéndose los labios y

decidida a ignorar lo bien formado que estaba su cuerpo y el hecho de que la afectara más de lo que había creído posible que volviera a ocurrir.

«Maldición», pensó Ty, apretando los dientes. Había visto la preocupación en la mirada de Jenny y el modo en que se mordía el labio. Maldito fuera el toro y maldito fuera él por hacerla pasar por esa odisea.

Otro pensamiento se le vino a la cabeza: ¿sería de las que echan a correr ante la primera dificultad? Por el bien de Morgan, esperaba que no fuera así. Por el momento parecía perfectamente capaz de ocuparse de una herida y de hacerlo con decisión. Le gustaba eso.

Se acercó más para desabrocharle la camisa y él miró hacia otro lado. No quería perderse en la visión de su piel, de sus largas y rizadas pestañas y de aquella maravillosa boca.

Jenny era una enfermera y la niñera de su hija, y no una mujer por la que dejarse fascinar. Además tenía la sensación de tener las costillas clavadas y le dolían una barbaridad, así que andar pensando en mujeres debería ser, tenía que ser, lo último de la lista. Es más: ni siquiera tenía que aparecer.

Concentrada en su trabajo y todavía mordiéndose el labio, terminó de desabrocharle la camisa y buscó la zona inflamada en la que Roscoe le había dado la coz. Habría jurado que le temblaban las manos.

–Tiene mala pinta –dijo sin levantar la vista–. Voy a tener que tocar la zona magullada, y a lo mejor te hago daño.

Dudó aún un momento pero luego lo tocó con la mano. Luego presionó en un punto concreto, y el dolor fue agudo y profundo.

Ty maldijo entre dientes pero no se movió mientras ella le palpaba con cuidado el golpe. Lo hacía con suma delicadeza pero aun así el dolor era lacerante. Ojalá terminara pronto.

Por fin apartó las manos y se apoyó sobre los talones.

–Estoy segura de que al menos una costilla está rota, pero lo más probable es que sean más –se volvió y miró a su padre–. Va a tener que ir al hospital para que le hagan unas placas y se aseguren de que el pulmón no ha sufrido ningún daño.

Su padre asintió.

–Me lo imaginaba.

Jenny se apartó y Ty, haciendo caso omiso del dolor del costado, intentó incorporarse para ponerse en pie. Estaba a medio camino cuando un dolor intenso como el de un navajazo le atravesó el

costado y un gemido se le escapó de los labios.

Jenny apareció a su lado al instante.

–No, Ty. No puedes levantarte.

Él negó con la cabeza.

–No pienso presentarme en Baker City en la parte de atrás de la camioneta como si fuera un perro.

–¿Siempre eres tan cabezota y tan difícil?

–Desde luego –intervino su padre–. Es tan testarudo como el todo que le ha dado la coz.

–Vale, soy cabezota –contestó Ty–, lo admito. Pero no pienso ir al hospital en la parte trasera de la furgoneta. Ayúdame a sentarme en el asiento de delante –le pidió a Jenny.

–Te va a doler mucho –le advirtió.

–No me importa. Tú sácame de aquí. Papá, ayúdame por favor.

–Está bien –suspiró Jenny–. Ya veo que discutir es inútil.

Moverse era una tortura pero lo hizo de todas maneras, aunque tuvo que contener los gemidos. Bajar de la furgoneta era difícil porque tenía que doblarse un poco, pero lo soportó. Unos cuantos pasos más y estaría en la puerta.

–Sentado te va a doler todavía más –le advirtió con cuidado–. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

Él asintió. La frente se le estaba llenando de sudor.

Cuando se sentó, fue como si alguien lo estuviera marcando con un hierro al rojo vivo.

–Relájate –le dijo ella en voz baja, la mirada llena de preocupación y una mano sobre la suya–. El dolor es peor si estás tenso.

Él la miró a los ojos. Le gustaba demasiado el contacto de su mano. A pesar de la intensidad del dolor, se encontró atrapado, incapaz de apartar la mirada, de moverse.

Fue ella quien rompió el hechizo cerrando la puerta de la furgoneta para subirse atrás. Ty apretó los dientes. Tenía que controlarse.

Tras una breve conversación con ella, su padre ocupó el asiento del conductor, puso el motor en marcha y arrancó.

Intentó concentrarse en el dolor que le cortaba la respiración en lugar de en el pensamiento que ocupaba todos los rincones de su cabeza: que en otro momento y en otro lugar, no habría permitido que Jenny se alejara, sino que apretándola contra él, la habría besado.

Y ésa era la idea más estúpida que había tenido en toda su vida.

Menos mal que tenía dos niñas pequeñas de las que ocuparse, pensaba Jenny. Aunque no por eso dejaba de pensar en la mirada que habían intercambiado en la furgoneta y en lo mal que debía de estar pasándolo.

No podía creerse lo que había sentido al contemplar aquellos ojos azules como el cielo: ¡había deseado que la besara!

Qué estupidez. Aparte de que estaba herido, dejarse fascinar de ese modo por un hombre era ridículo. Estúpido. Inconveniente. Además Ty era su jefe, lo que la obligaba a mantener su relación en lo más estrictamente profesional.

Cuando Sam y él volvieron, ya era casi de noche y las niñas estaban acostadas. Los dos entraron muy serios al cuarto de estar, Ty moviéndose con dificultad, muy rígido, con el brazo derecho vendado al cuerpo.

Ella se puso de pie de un brinco.

–¿Qué han dicho?

–Has acertado –le dijo Ty–. Tres costillas fracturadas. Los pulmones están bien.

Ella asintió deseando haberse equivocado.

–Lo siento.

Ty se encogió de hombros y el gesto le produjo una punzada de dolor.

–Son cosas que pasan.

–Tendrá que guardar reposo unos días –dijo su padre, y luego añadió en tono confidencial–: No ha dejado de refunfuñar por eso todo el camino de vuelta.

Jenny sintió que el estómago se le encogía. A ella tampoco le gustaba la novedad. Menos mal que iba a estar Sam de por medio. No podría sobrevivir a otro examen… o a otra mirada como la de la camioneta.

–Menos mal que tenemos a una enfermera para que te cuide –dijo su padre.

Los dos se volvieron a mirarlo aterrados.

–Yo creía que ibas a cuidarme tú, papá –dijo Ty. Era lo mismo que pensaba ella.

–Y lo haría, hijo, si no me doliera tanto la espalda. Me temo que va a tener que ser Jenny quien se ocupe de ti –se echó mano a los riñones–. Voy a tener que tomarme un relajante muscular e irme a la cama. Jenny, ¿podrías ocuparte tú de meterlo en la cama? –sugirió, y dio media vuelta con un brillo delator en la mirada.

El silencio se apoderó de la habitación. Estaba claro que Sam

pretendía hacer de casamentera.

–La espalda… ya –murmuró el hijo.

–¿Crees que miente?

Él suspiró.

–No del todo. Aunque ese dolor de espalda aparece y desaparece cuando le conviene. Lo siento mucho –añadió preocupado–. Estoy seguro de que no pensaste en tener que cuidar también de mí cuando aceptaste este trabajo.

¿Cómo iba a imaginarse que terminaría cuidando de un vaquero tan sexy como él?

Antes de que pudiera decir nada, él continuó:

–Me pone enfermo pensar que voy a tener que estar aquí metido todo el día sin hacer nada.

–Pues siento decirte que aunque estás acostumbrado al trabajo físico, va a pasar un tiempo antes de que puedas volver a montar o a cualquier otra clase de actividad física.

Él asintió despacio.

–Ya veremos. Me voy a la cama.

–¿Necesitas que…?

–No necesito ayuda, gracias. Puedo solo.

Y tras desearle buenas noches, salió con paso rígido.

Genial. Aquello era genial. Ty iba a estar en la casa todo el santo día, y ella iba a tener que cuidar de él. Dijera lo que dijese, sabía que no podría hacer las cosas solo.

Ella era enfermera, y cuidar de los demás era su profesión, pero no hacía falta ser un genio para imaginar que iba a ser prácticamente imposible ignorar su atractivo estando juntos a todas horas.

¿Cómo sobrevivir a su sonrisa, a sus increíbles ojos azules y a su innata habilidad para llegarle al corazón con la devoción que sentía hacia su familia y la dulzura con que trataba a su hija?

Capítulo 4

A mediodía del día siguiente, Ty ya estaba como un león enjaulado de tanto aburrimiento e inquietud. Normalmente, a esa hora llevaba ya cinco o seis trabajando al aire libre, y lo esperaban otras seis para terminar. Un trabajo pantagruélico y exigente, pero que a él le gustaba. Y hoy tenía que estar en la cama como un viejo tullido sin nada mejor que hacer que ver estúpidos programas de cotilleos o de cocina.

Con una maldición, apagó la tele después de oír hablar a una mujer que había tenido cinco hijos con cinco hombres distintos, aunque su marido pensaba que eran todos suyos. ¿Adónde iba a parar el mundo?

Fue a cambiar de postura en la cama y un agudo pinchazo en las costillas lo dejó sin aliento. Si no podía ni ver la televisión, ¿cómo iba a llevar un rancho?

Menos mal que tenía a Dusty, que llevaba tanto tiempo trabajando para él que podría llevarlo perfectamente, además con el respeto de los demás trabajadores. Su padre también podía ayudar si era necesario, puesto que lo había llevado durante años, pero con lo de su espalda probablemente sólo podría dar consejos.

Sonrió de medio lado. ¿Cómo era posible que su padre pudiera cuidar de Ava y Morgan para que Jenny pudiera hacer de enfermera, pero no podía ayudar en los cuidados de su propio hijo?

Condenado casamentero…

¿Por qué de pronto habría decidido que Jenny y él debían estar juntos? Fuera como fuese, se iba a llevar una buena desilusión.

Desde luego Jenny era muy atractiva, y en otra vida, antes de que Andrea le hubiera destrozado el corazón, esa posibilidad le habría interesado enormemente. Pero no se tienen dos vidas, sino sólo una, y Andrea y su madre le habían enseñado a no creer en el amor.

Jenny era la niñera de Morgan, y punto final. A lo mejor debería hablar con su padre y pedirle que dejara de enredar.

A cada minuto que pasaba las paredes se le echaban más encima, así que decidió ignorar las instrucciones de la enfermera Jenny según las cuales no debía moverse de la cama y llamarla a ella si necesitaba algo y levantarse. Estaba hasta la coronilla de

estar allí metido como si fuese un viejo inútil a punto de estirar la pata. Quería hablar con Dusty para ver cómo iban las reparaciones en la valla sur. Una razón tan buena como cualquier otra para levantarse de la cama.

Además le apetecía tomarse un helado. Decidido a no esperar a que Jenny se lo trajera, se preparó para incorporarse. Había sido una suerte que se durmiera con la ropa puesta de lo agotado que estaba. Así no tendría que pedirle ayuda para vestirse. Podía soportar muchas cosas, pero que la niñera de su hija tuviera que vestirlo no era una de ellas.

Aunque en algún momento tendría que cambiarse…

Un fuego le explotó dentro del pecho al primer intento de moverse, pero él lo ignoró y consiguió a trancas y barrancas incorporarse y bajar las piernas de la cama. Se quedó sentado así, jadeando, esperando a que el dolor cediera para intentar ponerse de pie.

Un momento después, pasó el peso del cuerpo a las piernas poco a poco y una segunda explosión le retumbó en el pecho. La habitación comenzó a moverse inesperadamente y tuvo que agarrarse a la puerta para no caer, decidido a realizar la mínima tarea de ir andando hasta la cocina y servirse un buen tazón de helado, aunque le costase la misma vida. Y eso mismo era lo que parecía en aquel momento.

Tras unos instantes, el movimiento cesó. Como lo de salir a buscar a Dusty quedaba fuera de sus posibilidades, decidió encaminarse a la cocina. Tan despacio como un buey, avanzó por el pasillo con la esperanza de no encontrarse con Jenny o con su padre, que era tan duro como la enfermera en lo que se refería a que no se moviera de la habitación. Los dos eran unos aguafiestas.

Tardó mucho en llegar pero lo consiguió. Desde allí se oían los diálogos de la película favorita de Morgan, que debían de estar viendo en el cuarto de estar. Seguramente estarían todos allí así que sacó un cuenco del armario, aunque el movimiento de levantar el brazo y bajarlo después sin dejarlo caer fuera un esfuerzo titánico.

Consiguió llegar por fin al frigorífico (¿desde cuándo estaba a kilómetros de distancia del armario?) y abrió la puerta. Justo cuando estaba a punto de alcanzar el helado, que por supuesto estaba al fondo, una voz femenina algo avinagrada le llegó a los oídos.

–¿Se puede saber qué estás haciendo? –le preguntó Jenny, interpretando a la perfección su papel de la enfermera más dura del universo.

«Maldición…»

–Se supone que no debes levantarte de la cama –continuó, acercándose.

Lo sabía perfectamente. Se había tirado más de diez minutos aquella misma mañana explicándole que no debía hacerlo.

–Es que quería un poco de helado.

–¿Y por qué no me has llamado?

Se acercó a él frunciendo el ceño y mirándolo a los ojos. Su olor a limón impregnó el aire y a Ty se le pusieron los nervios de punta. Genial. Precisamente lo que necesitaba. Estar hecho un manojo de nervios siendo un tullido inútil que ni siquiera se podía quitar la camisa sin ayuda. Ya se aseguraría él de que su padre estuviera cuando necesitara cambiarse de ropa, le doliera la espalda o no.

–No quería molestarte.

¿Dónde diablos se meterían esas enfermeras gordas de sesenta años o más que olían a naftalina y que llevaban gafas de cerca?

–No es molestia –contestó ella, empujándolo suavemente para alejarlo del frigorífico–. Y además, es mi trabajo, ¿recuerdas?

¿Cómo olvidarlo? Cuando aquella misma mañana entró en su habitación impregnando el aire de olor a limón para revisarle el vendaje, ser consciente de que era lo más bonito que había visto en mucho, mucho tiempo fue como si se hubiera vuelto a llevar una coz pero esta vez en la cabeza. No había podido pensar en otra cosa toda la mañana.

¿Por qué habría contratado a una niñera para Morgan sin haberla visto antes?

–Te contraté para que cuidaras de Morgan, no de mí.

–Eso es verdad, pero ahora necesitas mi ayuda, ¿no es así?

Él carraspeó molesto, lo cual también le produjo un intenso dolor en el costado. Ni siquiera podía estar enfadado sin que le doliera.

Jenny sacó el helado y de unos de los cajones una cuchara para servirlo. Andrea nunca había parecido sentirse tan cómoda como ella en la cocina.

–Menudo humor que gastamos. Peor todavía que el de esta mañana.

Aquello no había sido mal humor, sino pura tortura. Su concienzudo examen del vendaje junto con el contacto de sus manos y su cercanía habían sido el desencadenante de su mal humor. No quería disfrutar con su presencia, ni con su alegría, ni con sus cuidados. Todo ello junto y combinado con su obligada inactividad lo tenían del mismo humor que un oso herido.

Fue a pasarse la mano por el pelo, pero el movimiento del brazo fue como el impacto de una flecha en el costado, con lo que tuvo que contentarse con respirar hondo, que también le dolía, pero menos.

–Odio estar encerrado casi tanto como que me traten como si fuera un bebé.

Ella hundió la cuchara en el helado moviendo despacio la cabeza.

–Nadie piensa que seas un bebé. Lo que pasa es que yo soy una enfermera experimentada y tú estás enfermo. Eso es todo. Deberías alegrarte de que esté aquí. ¿Cómo habría podido tu padre atenderos a Morgan y a ti al mismo tiempo?

–Yo no necesito que nadie me atienda –farfulló, aunque sabía que tenía razón–. Soy un adulto.

Jenny echó una gran bola de helado de caramelo y pistacho en el cuenco.

–Eres un adulto *enfermo* –replicó ella mirándolo muy seria–. Sé que no puedes soportar la inactividad, pero si no te lo tomas en serio durante unos cuantos días, quedarás fuera de juego durante meses. ¿Es eso lo que quieres?

–No.

Estaba descargando su frustración contra ella, cuando todo lo que Jenny pretendía era hacer su trabajo, e intentó sonreír.

–Perdóname. Estoy siendo muy borde. Es que pensar que voy a tener que estar encerrado en casa durante unas semanas me vuelve loco, pero intentaré no quejarme demasiado.

Ella terminó de servirle el helado y puso la tapa.

–Y yo intentaré no insistir demasiado, ¿de acuerdo?

–Trato hecho –contestó. Le gustaba ese lado suyo tan razonable y práctico. Bueno, ¿y qué no le gustaba de ella?

Metió el helado restante en la nevera.

–Ahora, vuelve a tu habitación y yo te llevaré el helado.

–No pienso volver a mi habitación. Las paredes se me echan encima –señaló con un gesto de la cabeza el cuarto de estar con su ventanal que daba al jardín. No era lo mismo que estar fuera, pero era lo mejor que podía conseguir–. Estaba pensando sentarme un rato allí.

–Yo creo que no es buena idea que…

–Has dicho que no ibas a darme demasiado la lata –le recordó–. Prometo portarme como una malva si tú cumples tu parte del trato.

Ella suspiró.

–Ya… así que es eso lo que he dicho, ¿eh?

–Palabra por palabra.

–Está bien –suspiró–. Puedes irte al cuarto de estar, pero sólo un rato. Tienes que seguir las instrucciones del médico y descansar.

–No me gustan las siestas –dijo, y echó a andar hacia el cuarto de estar–. Echarse la siesta es para la gente perezosa que no tiene nada mejor que hacer.

–Pues que sepas que yo me echo la siesta cuando se la echa Ava, y no es cuestión de vaguería sino de pragmatismo. Cuidar niños pequeños es un trabajo duro, y lo hago mejor cuando estoy descansada.

Él bajó la mirada.

–Tienes razón. Supongo que es que yo nunca he tenido tiempo de hacerlo.

–Pues ahora vas a tenerlo –contestó ella, siguiéndolo. No intentó ayudarlo a caminar, cosa que él agradeció.

Jenny dejó el helado en la mesita baja.

–No olvides que tu cuerpo ha sufrido un trauma y te cansarás más de lo normal. Echarse la siesta en tus circunstancias no es un lujo, sino una forma de que tu cuerpo sane lo más rápido posible.

En eso tenía razón, porque a juzgar por las gotas de sudor que comenzaban a humedecerle la frente, la excursión desde el dormitorio hasta el cuarto de estar pasando por la cocina lo había cansado, aunque no pensaba admitirlo. Tenía su orgullo.

–Aun así, dudo mucho que necesite dormir –llegó delante del sofá y dio despacio la vuelta para sentarse–. Ya verás como me pongo bien también así, sentado, fingiendo estar afuera trabajando.

Jenny fue a ayudarlo, pero él le apartó la mano.

–Estoy bien –dijo. Flexionó las piernas y estaba a medio camino de sentarse cuando sintió un espasmo de dolor tan intenso que le impidió moverse. No podía sentarse ni levantarse por temor a perder el conocimiento por la intensidad del dolor.

Jenny acudió de inmediato a colocarle los hombros de un modo que no le produjera dolor y que pudiera sentarse.

–¿Estás bien? –le preguntó con la preocupación oscureciéndole la mirada.

Él asintió.

–Sí.

Pero no era cierto. Y no sólo tenía que ver con las costillas rotas.

Acababa de darse cuenta de hasta qué punto iba a necesitar ayuda, y para él la proximidad de Jenny era una tortura de otra clase.

Menudo humor de perros que tenía, se dijo Jenny al darle el cuenco del helado. Era comprensible. Para un hombre como él, acostumbrado a estar siempre trabajando al aire libre, verse de pronto confinado en la casa dejando el trabajo a los demás tenía que ser exasperante.

Se sentó en el otro extremo del sofá deliberadamente. Ya habían estado bastante cerca mientras le cambiaba el vendaje.

Aparentemente se había comportado como una consumada profesional, una alumna de la que la escuela de enfermeras podría sentirse orgullosa. Pero por dentro estaba hecha un manojo de nervios, con el corazón en la garganta y los ojos pegados al pecho de Ty, a sus ojos azules y a unas cuantas cicatrices repartidas por el torso que ella encontraba atractivas.

Suspiró. Él se había mostrado muy quisquilloso. Bueno, casi grosero. Es decir, que no debería resultarle tan difícil controlar la atracción que ejercía su jefe sobre ella.

No sabía explicar qué le estaba pasando. Ty era un hombre extremadamente guapo, eso sí, pero había conocido montones de hombres guapos a lo largo de los años, ya que había crecido con tres hermanos que tenían montones de amigos, y aparte de Jack, ningún otro la había afectado como él.

Ojalá pudiera tener un botón con el que dar marcha atrás y cambiar el desgraciado incidente que había dejado maltrecho a Ty y necesitado de atenciones y cuidados. Cuando él se marchaba al amanecer y pasaba todo el día fuera, con lo que apenas se veían, era mucho más fácil.

Pero por desgracia la vida carecía de ese botón, como ella sabía bien por experiencia. No había modo de dar marcha atrás, y había que vivir con los resultados de las cosas que pasaban.

–Estás muy callada –dijo Ty, interrumpiendo sus pensamientos–. ¿Todo va bien?

Ella se obligó a sonreír.

–Perfectamente –contestó. Jamás admitiría lo mucho que le desconcertaba Ty. Era su jefe, y no un hombre al que poderle contar lo atraída que se sentía por él.

–¿Seguro?

–Seguro.

Tomó una cucharada de helado.

–Pareces… nerviosa.

Muy perspicaz. Demasiado incluso.

–¿Estás seguro de que no quieres tomarte los calmantes que te

mandó el médico? Te sentarían muy bien.

–No. Odio los calmantes. Me siento raro cuando me los tomo.

–Ya, pero también te sentirías más cómodo con menos dolor.

–Ni lo sueñe, enfermera Brewster –dijo sonriendo para quitarle hierro–. No pienso pasarme los próximos días medio atontado por los calmantes.

–¿Has dormido anoche? –le preguntó, reparando en sus ojeras.

–No mucho –confesó–, pero sobreviviré.

Admiraba su valor, pero su testarudez la exasperaba.

–Tienes que descansar para recuperarte –se acercó a quitarle de las manos el cuenco del helado ya vacío–. Ser testarudo no va a servirte para encontrarte mejor antes.

–En eso te equivocas. Soy tan testarudo que obligaré a mi cuerpo a sanar.

–Ésa es la tontería más grande que he oído en mi vida.

Él se encogió de hombros e hizo una mueca de dolor.

–Demonios… ¿cuándo aprenderé a no hacer eso?

Respiró hondo como para deshacerse del dolor residual.

–A ver si me explico mejor –dijo–. No es que crea que puedo obligarme a sanar, pero sí pienso que una actitud positiva y una voluntad fuerte puede hacer mucho por ayudarme a sanar. Los calmantes sólo conseguirían distraer mi concentración y aunque con ellos podría dormir mejor, en conjunto me sentiría peor, y eso me hundiría –la miró y pestañeó varias veces–. ¿Tiene sentido?

–Pues aunque resulte algo extraño, la verdad es que sí –admitió–. Entonces, nada de calmantes, siempre y cuando puedas soportar el dolor.

Él asintió.

–Bien. Y puedo. Soportar el dolor, quiero decir.

Jenny se llevo el cuenco del helado a la cocina y mientras lo aclaraba para meterlo en el lavavajillas, pensó en lo que Ty le había dicho de enfrentarse al dolor. Lo que habría dado ella porque las heridas que había sufrido en la vida fuesen físicas y pudieran sanar, y no de esa otra clase de dolor que podía prolongarse para siempre y afectar a todos sus actos.

¿Alguna vez conseguiría deshacerse de su dolorosa soledad?

Mejor pensar en otra cosa. Fue a ver a Sam, Ava y Morgan, que estaban jugando a las construcciones con unos bloques de madera de color. Dada la hora que era, les llevó unas galletas sin azúcar y un vaso de leche que tomaron sobre un mantel puesto en la alfombra como si estuvieran de excursión, lo que a las niñas les encantó.

Satisfecha al ver que todo iba bien, lo recogió todo y volvió a ver a Ty. Y se encontró con que estaba profundamente dormido.

Respiró hondo. Verlo así, relajado, los párpados cerrados y sus pobladas pestañas dándole sombra a las mejillas hizo que el corazón se le encogiera de un modo que hacía mucho tiempo no sentía y que sólo deseara acurrucarse a su lado, apoyar la cabeza en su pecho y dormir también.

¿Pero en qué estaba pensando?, se preguntó, tapándose la boca con la mano. Era su jefe. Su superior. Su paciente.

Eso la hizo pensar en que no debía quedarse frío. Sobre el respaldo del sofá había una manta de algodón, la desplegó y lo cubrió con ella. Sólo estaba haciendo su trabajo, ¿no?

Qué paz parecía invadirlo dormido. Aun tirado así en el sofá y herido, no cabía duda: era un hombre muy, pero que muy atractivo. Pero ella no podía permitir que eso marcara la diferencia. No podía volver a sentirse cerca de ningún hombre, guapo o feo, porque sólo la aguardaba dolor. Querer a Jack para perderle después de ese modo le había enseñado una lección difícil de olvidar.

Dio media vuelta y salió sin mirarlo. Tenía que olvidar lo que había visto. Tenía que arrancarse el recuerdo de la cabeza. No podía desear cosas que nunca podría tener.

¿Y por qué tenía la impresión de que iba a resultarle mucho más difícil hacerlo que decirlo?

Capítulo 5

Ty se despertó de su siesta dos horas después con las articulaciones rígidas y dolor en el tronco de dormir incorporado, y se sorprendió al descubrir que alguien lo había tapado con una manta de algodón.

¿Quién habría sido? ¿Jenny? Seguramente. Se preocupaba por él de verdad, y no le quedaba más remedio que admitir que le gustaba. Andrea sólo era capaz de pensar en sí misma y en lo mucho que detestaba vivir en un rancho. Nunca en Morgan ni en él.

Se habían casado al quedarse ella embarazada de Morgan después de llevar un año o poco más saliendo juntos. Habían tomado la decisión ante la insistencia de Ty por el bien de la niña, y se imaginaba que tendrían la familia perfecta que él perdió cuando los abandonó su madre.

Pero por desgracia su matrimonio distó mucho de ser perfecto desde un principio, y el amor que esperaba creciera entre ambos no llegó nunca a materializarse, a pesar de tener una hija en común.

Una hija que Andrea dejó atrás y que no había vuelto a ver, y su traición tanto para con Andrea como para con él, era una herida que todavía sangraba porque en el fondo, aun sabiendo que no había amor entre ellos, esperaba que se quedara al menos por el bien de la niña.

Morgan y él la necesitaban, pero ella se había ido.

Su traición lo había herido de tal modo que se había jurado no volver a ponerse en una situación en la que una mujer pudiera volver a abandonarlo.

Intentó moverse, pero el dolor fue tan denso como un río de lava. Apretando los dientes intentó colocarse en una postura más cómoda, o mejor dicho, una postura en la que el dolor fuera tolerable.

La semana se extendía ante él como si fuera un año en el purgatorio, con la única excepción de los momentos que le proporcionaba una rubia de ojos verdes, corazón compasivo y dulces maneras.

Pero no debía olvidar que Jenny era sólo su enfermera, y él su paciente, además de su jefe. Su trabajo era cuidar de él lo mismo que el suyo era cuidar de su ganado.

Satisfecho con la comparación, a pesar de no salir muy bien

parado, decidió que ya llevaba demasiado tiempo allí tumbado. Si no quería volverse loco, tenía que moverse. Apretando los dientes y los puños, se levantó, sobrellevando lo mejor posible el dolor que le pasaba el pecho de parte a parte. A lo mejor iba a tener que tomarse algún calmante. Pero no. No iba a rendirse a esa tentación. No iba a ser tan débil. Necesitaba estar lo suficientemente alerta por si necesitaba ocuparse de su hija. Tendría que sobrellevar el dolor lo mejor que pudiera, ser más fuerte que él, y en un par de días se encontraría mejor. Podía hacerlo. Tenía que poder.

Apenas había dado dos pasos cuando Morgan y Ava salieron corriendo de la cocina.

–¡Papá! –exclamó Morgan, corriendo hacia él con la rapidez que sus piernecitas regordetas le permitían. Ava hizo lo mismo. Llevaba un cuento en la mano.

Ty se quedó de pie. Imposible tomar a la niña en brazos.

–Morgan, cariño…

El abuelo apareció justo en aquel momento, se agachó, tomó a las dos niñas por la cintura y se levantó. Qué curioso. La espalda no parecía molestarlo en absoluto.

–Tu papá está malito y no puede llevarte en brazos, ¿recuerdas? –le dijo a Morgan.

–¡Quiero papá mío! –protestó, echándole los brazos–. ¡Papá!

–Tu papá está malito –dijo Ava con el ceño fruncido–. Tiene pupa.

Ty sintió que se le partía el corazón. Apenas podía levantar los brazos, así que mucho menos sostener a Morgan, pero ¿cómo hacerle comprender algo así a una niña de dieciocho meses?

–Lo siento, tesoro mío, pero no puedo. Dentro de unos días estaré bien –le dijo–. Pero lo que sí puedo es leerte un cuento –ofreció, mirando el que llevaba Ava en la mano–. ¿Quieres?

Morgan asintió entusiasmada.

–¡Sí, un cuento! –exclamó, y quiso bajarse de los brazos del abuelo.

Ava también se bajó casi de un salto y gritó:

–¡Un cuento!

–¿Dónde queréis poneros? –le preguntó su padre.

La idea de tener que volver a sentarse le produjo escalofríos, pero por el bien de las niñas, lo haría.

Antes de que pudiera contestar, Jenny entró con una manta en la mano.

–¿He oído bien? ¿Es la hora de los cuentos? –preguntó, sonriendo.

Ava y Morgan palmotearon entusiasmadas.

–¡Sí! –gritaron.

–Papi lee el cuento –dijo Morgan sonriendo, y luego se puso muy seria para añadir–: Está malito.

Jenny se agachó y llamó con la mano a las niñas como si tuviera un secreto que compartir con ellas. Las niñas corrieron a su encuentro, sus caritas iluminadas por la atención.

–Se me ha ocurrido una idea –dijo, brillándole los ojos–. ¿Qué os parece si las dos os sentáis a tomar un vaso de leche en el mantel mientras el papá de Morgan os cuenta un cuento?

Las dos niñas aplaudieron la idea y el abuelo las llevó al salón prometiéndoles sentarse con ellas.

Ty miró a Jenny. Le gustaba cómo le brillaban los ojos y su modo de sonreír. Tenía un modo de comportarse con los niños que resultaba admirable, sobre todo teniendo en cuenta que Andrea siempre había considerado el cuidado de la niña una obligación más que un disfrute.

–Una idea estupenda –le dijo, impresionado.

Ella se encogió de hombros.

–Les encanta lo de hacer picnic, y hacerlo dentro de casa es mucho más seguro. Además así no las tendrás encima –se acercó a él con la preocupación–. Pero ten cuidado de no forzarte. No te olvides.

Era la enfermera Brewster quien había hablado.

–Creo que podré leerles unos cuantos cuentos sin agotarme –contestó no sin cierto sarcasmo.

–También dijiste antes que nunca duermes durante el día, pero hace un rato dormías plácidamente. ¿Por qué no te dejas llevar? Si te cansas, paras.

–Estaré bien. Y si me hubiera tomado los calmantes, ahora no podría estar un rato con las niñas.

–Tampoco pasaría nada –contestó ella–. Eres adulto y tomas tus propias decisiones, pero como profesional médico debo advertirte sobre las consecuencias de tus actos. Tardarás más en reponerte si no descansas.

–¿Siempre eres tan testaruda?

–Con mis pacientes, siempre, pero dejaré de perseguirte si te tomas las cosas con calma.

Y dicho esto, dio media vuelta y se dirigió a la cocina. Qué bien le sentaban aquellos vaqueros beis que llevaba. Un calor intenso creció en su interior, y aunque intentó no prestarle atención, resultó un alivio saber que algunas partes de su cuerpo seguían en perfecto

funcionamiento.

Con mucho cuidado volvió a ponerse en movimiento, en *lento* movimiento. Con un poco de suerte, Ava y Morgan no estarían aún en la universidad cuando él consiguiera llegar al salón.

La verdad era que Jenny estaba en lo cierto. Por mucho que la molestara, tendría que tomárselo con calma si quería volver al trabajo, y escapar a la tentación, tan pronto como fuera posible.

Con la cena en una bandeja, Jenny entró en el dormitorio de Ty, intentando no darle importancia al estremecimiento que sentía cada vez que entraba en sus dominios privados. Era una tontería, pero se sentía rara cada vez que estaba en su cuarto, aunque sólo estuviera haciendo su trabajo. El dormitorio de un hombre era siempre su refugio, aunque en aquel caso estuviera decorado en tostado y marrón, unos colores que seguramente habría escogido su esposa.

Frunció el ceño. ¿No habría tenido ganas de cambiar la decoración, o es que no querría desprenderse del dormitorio que habían compartido? A lo mejor seguía sintiendo algo por la madre de Morgan, y se dijo una vez más que eso no era asunto suyo.

Lo encontró tumbado en la cama, la cabeza sobre un par de almohadas para poder ver la tele, pero el aparato estaba apagado. Verlo así, incapaz de moverse, obligado a permanecer quieto, viendo la tele, le provocó un intenso sentimiento de compasión. Pobrecillo. Verse obligado a permanecer dentro de la casa tenía que ser frustrante.

Al acercarse vio que estaba dormido. La sesión de lectura con Ava y Morgan le había pasado factura, tal y como ella esperaba.

Oírlo leer una y otra vez el mismo cuento a las dos niñas, a pesar del cansancio y el dolor, la había enternecido enormemente. Más de lo debido. Cada vez le costaba más trabajo permanecer inmune a Ty McCall. Como paciente ponía constantemente a prueba su paciencia, pero como padre era muy bueno y eso la impresionaba de verdad.

Se detuvo al pie de la cama y lo miró. Tenía unos labios carnosos, unos pómulos marcados, el pelo revuelto y un pecho ancho y fuerte que se dibujaba bajo la camisa roja de franela.

De nuevo un estremecimiento le recorrió la espalda y apartó la mirada, reprendiéndose por quedarse mirando. Era su enfermera, y no una mujer interesada en él como hombre.

Decidió llevarse la cena a la cocina y llevársela de nuevo cuando estuviera despierto, así que dio media vuelta. Se sentía…

desilusionada por no encontrarlo despierto, aunque sabía que necesitaba descansar. Había empezado a disfrutar con los ratos que pasaban juntos. Y es que también le gustaba cuidar de alguien que tuviera más de dos años…

–¿Ya has visto lo suficiente? –lo oyó preguntar de pronto.

Se quedó petrificada en el sitio, con la cara roja como la grana. Genial. No estaba dormido.

–Eh… es que… quería ver si estabas despierto para dejarte la cena –dijo, mostrándole la bandeja como prueba–. ¿Ves? La cena.

Dios, qué mal mentía. Siempre había sido una pésima mentirosa. Sus hermanos eran capaces de mentir convincentemente, pero a ella siempre la pillaba su madre, incluso cuando intentó echarle la culpa del nuevo corte de pelo del perro a su hermano pequeño.

Ty asintió.

–Ya –dijo en un tono que no dejaba lugar a dudas–. Y yo que pensaba que estabas contemplando lo mono que estoy dormido –bromeó.

«Mono» no era el mejor adjetivo. «Increíblemente atractivo», o «guapo que te mueres» encajarían mejor.

A pesar de que seguía teniendo la cara roja como un tomate, volvió a su lado intentando comportarse con normalidad, aunque fuera francamente difícil después de que la hubiera pillado mirándolo como una adolescente enamorada.

–Si te miro es por una razón estrictamente clínica, te lo aseguro –le dijo dejando la bandeja sobre la mesilla y mirándolo desde las alturas de su profesión de enfermera.

–Lo que usted diga, enfermera Brewster.

Ella se cruzó de brazos.

–No me crees, ¿no? –dijo, antes de darse cuenta de que había metido la pata. Aquella conversación estaba tomando una dirección equivocada. Discutir sobre si miraba como mujer o como enfermera era absurdo.

Él se quedó mirándola un instante, y le dio la sensación de que estaba manteniendo una conversación consigo mismo.

–Claro que te creo –dijo al fin–. Eres mi enfermera, y sería ridículo pensar que pudieras mirarme de otro modo… ¿no?

–Por supuesto –se apresuró a corroborar.

–Me alegro de que lo hayamos aclarado –cambió de postura en la cama e hizo una inevitable mueca de dolor–. ¿Me has traído la cena?

–Pues claro –contestó en tono profesional–. Tu padre ha preparado un *teriyaki* bajo en calorías. ¿Quieres que te ayude a

incorporarte?

–Puedo hacerlo solo –respondió él con el ceño fruncido, y lo intentó, pero acabó por dejarse caer de espaldas casi sin aliento–. Espera un momento.

Ella alzó la mirada al cielo. Qué hombre tan testarudo.

–Sé que puedes hacerlo solo, pero sería más fácil si yo te ayudara.

Él no contestó, pero se quedó quieto como una piedra, y ella lo interpretó como un «sí», de modo que pasó los brazos por detrás de sus hombros.

–Bien, ahora incorpórate –dijo, mirando hacia un lado para no quedar frente a frente. Podía controlar relativamente su reacción ante él, pero estando tan cerca de sus labios…

Él siguió sin moverse, pero por alguna razón tuvo la impresión de que la respiración se le aceleraba.

–Jenny, esto no va a funcionar –le dijo con voz ahogada.

–Tú limítate a hacerlo –contestó sin mirarlo.

Murmurando algo entre dientes sobre… ¿limones?, por fin hizo lo que le pedía. Tomando aire se incorporó, pero al parecer debió de tomar demasiado impulso porque sus pechos colisionaron y la nariz de ella quedó pegada a su cuello.

Jenny no pudo moverse durante un instante. Toda su frialdad profesional la abandonó cuando más lo necesitaba. Cuánto tiempo había pasado desde que se rozara por última vez con el cuello de un hombre. Toda una eternidad. Cuánto le gustaba estar cerca de él, sentir cómo su calor le encendía un rincón helado del corazón…

El gemido de dolor de Ty la devolvió a la realidad, y rápidamente se apartó tirando al mismo tiempo de él para dejarlo incorporado.

Empujó otra almohada detrás de su espalda para que pudiera quedar incorporado y comer.

Por fin, tras unas cuantas maniobras más, otros tantos quejidos de Ty y aún más sobresaltos y palpitaciones, consiguió dejarlo colocado. Eso sí: a cambio se llevó consigo de nuevo aquella fría sensación de soledad.

–¿Quieres que te ayude con la cena? –se ofreció sin mirarlo a la cara.

–No, puedo solo –contestó él con voz áspera por el dolor–. No necesito que me des de comer.

Pasó por alto la grosería de su respuesta y al mirarlo a la cara, vio que estaba pálido.

–¿Te encuentras bien?

–Sí –respondió sin mirarla–. Pero tengo que pedirte algo.

–Tú dirás.

–La próxima vez que me ayudes, ¿te importaría recogerte el pelo?

Ella se tocó la melena inconscientemente.

–Ay, lo siento. Debe de ser molesto que te roce la cara. No lo olvidaré.

Él tomó el tenedor y se rió en voz baja.

–No, no era molesto. Más bien demasiado suave y liso, y huele demasiado bien. Eso es todo.

Comenzó a comer y Jenny se quedó clavada allí, desmesuradamente complacida porque le gustara el olor de su pelo.

Una estupidez, porque no tenía por qué alegrarse tanto por algo que nunca iba a significar nada.

Se sintiera sola o no, no podía correr el riesgo de franquearle el paso a su corazón.

Capítulo 6

Aquella noche, bien pasadas las doce, Ty estaba en la cama a oscuras, oyendo caer la lluvia contra la ventana, viendo cómo la luz de la luna se colaba entre las nubes.

Había contado miles de ovejas pero seguía siendo incapaz de conciliar el sueño, seguramente por haberse quedado dormido un par de horas por la tarde. Aunque probablemente el dolor palpitante de las costillas también tenía algo que ver. Tenía que admitirlo: el ibuprofeno que se había tomado no podía hacer nada contra la clase de dolor a la que se estaba enfrentando.

Una pena, porque no estaba dispuesto a tomar calmantes de otra clase. Se aguantaría hasta que llegara el sueño.

Tampoco ayudaba el hecho de que los recuerdos de Jenny lo acosaran. Por mucho que lo intentara no podía pasar por alto lo considerada, dedicada y concienzuda que era, para no hablar de lo que lo impresionaba su capacidad de mando. No hacía caso ni de sus brotes de mal humor. Sí, le gustaba. No cabía duda. Y que además fuera bonita ponía el lazo al paquete.

Cuando lo había ayudado a incorporarse, había estado a punto de perder la compostura. Menos mal que el dolor lo había ayudado aplacando todo deseo de besarla. No quería dar rienda suelta a su deseo. No estaba dispuesto a abrir las puertas a la necesidad que sentía de una mujer, para que acabase dejándolo de lado.

No podía olvidarlo. Y no era fácil, especialmente si ella seguía haciendo cosas como lo de llevarle la cena.

Un momento. Ella lo cuidaba estrictamente por razones médicas. Sí, claro, añadió cerrando los ojos un instante. Y lo había estado observando con frialdad médica también, ¿verdad?

Pues tenía que darle igual. Le había dejado bien claro que se oponía al amor tanto como él, quizá más. Nada que hacer… gracias a Dios.

Cambió de postura y su cama crujió. Cerró los ojos e intentó concentrarse en la cadencia de la lluvia, a ver si así conseguía conciliar el sueño. Ojalá cuando lo consiguiera no soñara con una mujer que olía a limón y que lo envolvía con su suave melena.

Alguien llamó suavemente a la puerta.

–Adelante –dijo, preocupado porque pudiera ocurrirles algo a las

niñas.

Jenny entró con un tazón en la mano.

–¿Están bien las niñas? –le preguntó inmediatamente. A la luz del vestíbulo pudo ver que llevaba una bata de franela azul y unas zapatillas a rayas. Llevaba el pelo suelto y algo alborotado, como si acabara de levantarse de la cama, y no llevaba maquillaje, lo cual no menguaba en ninguna medida su atractivo. Es más, casi lo acrecentaba.

Ella sonrió.

–Las dos están perfectamente –contestó en voz baja–. Es que he oído que te movías… porque la cama suena, y he pensado traerte algo a ver si puedes dormir.

–¿Leche caliente? –preguntó, rascándose la mejilla.

Ella negó con la cabeza.

–Té de hierbas con coñac.

Él sonrió.

–Una mujer inteligente. Me gusta tu estilo.

Demasiado quizá.

Dejó el tazón en la mesilla y encendió la lámpara.

–Como sé que no quieres tomar ningún calmante fuerte, he pensado que a lo mejor esto te alivia.

–Espero que tengas razón –contestó, moviéndose despacio para que aminorara la tensión del pecho–. No consigo dormirme. Si me muevo, me duele, así que no me muevo, pero tampoco consigo estar cómodo.

Lo que no añadió fue que la imagen de una rubia de ojos verdes tampoco lo ayudaba demasiado.

–A ver si el té te relaja –se agachó y pasó los brazos por detrás de sus hombros–. Vamos a incorporarte.

Ay Dios, ya estaban otra vez. Tan cerca, con su pelo dándole en la cara y…

«¡Basta!». Antes había descubierto que su ayuda le era de valía, sobre todo porque sabía cómo moverlo sin hacerle daño, así que se aguantó.

Pero de pronto, ella se incorporó.

–Ah, espera –del bolsillo de la bata sacó una goma del pelo–. ¿Mejor así? –preguntó, una vez se lo hubo recogido en una coleta.

Él asintió, sorprendido de que lo hubiera recordado.

Repitió la misma maniobra y él se preparó para el dolor apretando los dientes, mientras ella le colocaba en unos segundos la almohada detrás de la espalda.

Se concentró en el dolor del pecho, lo cual era bastante fácil,

mejor que pensar en la mujer que tenía tan cerca, y reparó en que ella se esforzaba por mantener la distancia entre ambos, lo cual le gustaba y lo molestaba al mismo tiempo. ¿Cómo entenderlo? Debía de estar perdiendo la cabeza.

Se recostó en la almohada y soltó el aire que había estado reteniendo en los pulmones. Dios… aunque moverse era una tortura, también era un alivio cambiar de postura. A lo mejor debía intentar dormir incorporado.

Jenny le acomodó la ropa de la cama. Menos mal que su padre se había dignado a ayudarlo a ponerse un pantalón de pijama y una camiseta.

–¿Estás mejor? –le preguntó ella, ofreciéndole el tazón.

Él asintió rascándose la barba, que le picaba como mil demonios.

–Sí, gracias.

Tomó un sorbo de té y la combinación de hierbas y coñac le resultó muy agradable.

–¿Cómo es que estás despierta a estas horas? –se le ocurrió de pronto–. ¿Tampoco podías dormir?

Ella se encogió de hombros y bajó la mirada; incluso podría jurar que la había visto enrojecer.

–Eh… bueno, sí. Me costaba trabajo conciliar el sueño –sonrió–. Ava protesta mucho dormida.

–¿Ocurre algo?

Qué idiota. Y él preguntándose si quizá no podía dormir por pensar en él.

–No, qué va –contestó ella rápidamente y sonrió–. Todo va bien.

Pero aquella sonrisa no le pareció igual a las demás.

–¿Estás segura? –tomó otro sorbo de té–. No me gustaría que hubiera algo por lo que quisieras marcharte y no me lo dijeras. Morgan ya ha perdido a su madre, y no me gustaría que volviera a perder una persona de su entorno.

No le contó que Andrea había pasado meses rumiando la idea de marcharse.

–Yo nunca le haría daño a Morgan –contestó Jenny, herida.

Ojalá pudiera creerla.

–Entonces, si hubiera algo que te molestara, me lo dirías, ¿verdad?

Si Andrea hubiera hablado con él… no. Ni iba a pasar por eso otra vez. Nada de lo que hubiera podido decirle la habría retenido en el rancho. La enfermedad de Morgan era demasiado para ella.

–Morgan te quiere, y me costaría trabajo encontrar a otra

persona que quisiera vivir aquí.

No quería considerar la idea de que la marcha de Jenny no sólo dejaría un agujero en el corazón de Morgan.

Jenny se mordió el labio. Sus ojos estaban llenos de tristeza.

–Si ocurriera algo, te lo diría –dijo tras un momento de silencio–. Es sólo que… desde que murió Jack, me cuesta trabajo dormir.

El corazón se le encogió. Claro. Tenía que haber pasado por un auténtico infierno con la muerte de su esposo. ¿Por qué no se lo habría imaginado? ¿Por qué había sido tan egoísta como para pensar que era por él?

–¿Por qué no te preparas también tú un poco de té y coñac y charlamos un rato? –sugirió.

Se merecía un poco de apoyo moral, por mucho que lo afectase su presencia.

Jenny lo miró, los ojos muy abiertos, y creyó ver también en ellos una intenso deseo. ¿Querría pasar un rato con él?

Tardó un momento en contestar.

–Me… quedaré un rato –muy despacio se sentó en el borde de la cama–. Ya me he tomado un té.

¿Cómo podía proporcionarle tanta felicidad que se quedara?

–Siento no haberme dado cuenta de por qué tienes problemas para dormir. A veces soy un poco burro.

Ella se apartó un mechón de pelo y sonrió.

–No pasa nada. Jack murió hace casi dos años. Entiendo por qué no ibas a dar por sentado que mis dificultades para dormir tienen que ver con él.

–¿Lo echas de menos?

Qué pregunta más tonta. Lo último que quería era despertar recuerdos tristes en ella.

Pero a ella no pareció ofenderle la pregunta.

–Por supuesto. Echo de menos ser una pareja –ella lo miró y en el fondo de sus ojos había una profunda tristeza–. Supongo que me siento sola.

Una vez más, sintió una tremenda empatía con ella.

–Lo comprendo –contestó–. Yo evito por todos los medios involucrarme en una relación, pero a veces también me siento solo. Suelo no pensar mucho en ello, pero cuando lo hago me digo que es el precio que tengo que pagar por no verme atrapado otra vez.

–Yo también hago lo mismo, pero a veces ignorarlo no sirve.

Él asintió.

–Es cierto. Pero es lo único que puedo hacer.

Jenny se quedó callada un momento y luego lo miró a los ojos

con una tristeza que él deseó poder borrar.

–A veces tengo la impresión de que soy la única persona en el mundo que se siente así.

Dios, cómo deseaba poder calmar esa desazón, ese dolor. Sería tan fácil olvidarse de su promesa y dejarse llevar, perderse en los sentimientos que compartían, consolarla.

–Pues no lo eres –dijo haciendo un esfuerzo sobrehumano.

–Me parece que tenemos mucho en común –dijo ella, y su voz fue para él un manto que lo rodeaba y que le hacía desear cosas imposibles.

–Eso parece.

Demasiadas cosas en común.

Con ese pensamiento en la cabeza, se obligó a no perder la cordura y a no buscar refugio en el puerto seguro que encontraría en aquella mujer. Una felicidad temporal no era lo que buscaba.

–Debo irme –dijo Jenny, poniéndose en pie–. Gracias por la conversación.

–De nada –contestó. Ojalá pudiera retenerla a su lado–. Antes de irte, ¿podrías ayudarme a tumbarme?

Necesitaba su ayuda… ¿no?

–Desde luego. Vamos allá.

Se acercó y le rodeó los hombros con los brazos.

De nuevo su olor a limón y el calor de su cuerpo lo asaltaron. No podía pensar en lo cerca que estaban, en lo suave que parecía su piel de cerca, en cómo su proximidad disipaba su soledad y lo hacía sentirse feliz por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Por fortuna, en cuanto se movió lo más mínimo para que ella pudiera colocar las almohadas, los cuchillos del dolor le atravesaron el pecho y todas sus fantasías se desvanecieron al instante.

Quedó tumbado de espaldas tras un minuto de dolor, y tras darle las buenas noches, Jenny apagó la lámpara de la mesilla y salió.

Fue entonces cuando Ty recordó que iba a haber intentado dormir incorporado. Sin más remedio que resignarse a estar tumbado, se quedó inmóvil, bloqueando los recuerdos de la conversación con Jenny, decidido a no indagar en su terrible soledad.

Por suerte, el té y el coñac surtieron efecto unos minutos más tarde, pero cuando cerraba los ojos un pensamiento se le coló entre la neblina del sueño.

Jenny estaba tan sola como él. Los dos compartían los mismos sentimientos. Ella lo comprendía a él, y él a ella.

Pero por mucho que compartieran, él no iba a ser el hombre que la curara de su soledad y le diera felicidad.

Su pasado no lo permitiría.

En lugar de irse directamente a su habitación al salir de la de Ty, Jenny se fue a la cocina con el corazón bailándole en el pecho y se preparó un segundo tazón de té con dos buenos chorros de coñac.

Lo necesitaba. Hablar con Ty la había dejado conectada a él, de modo que lo que de verdad había deseado era quedarse a su lado y charlar hasta el amanecer.

Mala idea. No debía pasar a su lado más tiempo del estrictamente necesario, y menos en plena noche, rodeados de oscuridad y silencio, como si fueran las dos únicas personas despiertas en el mundo. Una situación íntima donde las hubiera. ¿Tentadora? Sí. ¿Beneficiosa? No. Por supuesto que no.

Se pasó las manos por la cara. Definitivamente estaba perdiendo la cabeza. No quería admitirlo, pero la verdad era que no podía dormir porque no podía quitarse a Ty de la cabeza, y no a Jack como le había dicho.

Estaba completamente fascinada por su jefe. Y como si eso no fuera ya bastante, se trataba de un tipo tan cabezota como para no anteponer su seguridad a todo lo demás.

¿Por qué le costaba tanto quitárselo de la cabeza? ¿Por qué no dejaba de pensar en lo bien que olía, o en lo firme que era su pecho? Y lo peor de todo: ¿por qué no podía olvidar la ternura que había sentido al oírlo contar un cuento a dos preciosas criaturas aun estando herido y sufriendo?

Tomó dos buenos sorbos de aquel brebaje con la esperanza de que le calmara los nervios. Tenía que sobreponerse. Pero antes de que pudiera terminárselo, oyó llorar a una de las niñas. Dejó el tazón y salió de la cocina. Era Morgan.

Llegó al final del pasillo y a punto estuvo de colisionar con Ty, que salía sujetándose las costillas. Demonios, qué rápido se había levantado de la cama.

–No debes levantarte –le dijo–. Ya me ocupo yo.

–Está acostumbrada a que vaya yo.

Claro. Tenía un padre dedicado y solícito.

–¿Y cómo piensas tenerla en brazos? –le recordó, aunque no le gustara hacerlo. Abrió la puerta de la habitación de la niña para intentar calmarla antes de que despertara a Ava.

Pero él entró detrás.

–Me las arreglaré. Malditas costillas…

Antes de que Jenny pudiera contestar, Morgan, que estaba de pie en la cuna con la carita roja de llorar, echó los brazos hacia él y sollozó:

–¡Papá!

Tenía que haberse imaginado que iba a pasar. ¿Por qué no le habría dicho que se quedara en el pasillo?

–Yo también estoy aquí, chiquitina –le dijo a la niña, y tomándola en brazos la acunó con suavidad. Afortunadamente la niña se lo permitió–. Papá tiene pupa, ¿te acuerdas? Por eso lo ayudo yo.

–Papá tiene pupa –repitió la niña. Parecía triste, pero el llanto había pasado.

–Pero yo estoy contigo, tesoro –le dijo con ternura.

Haciendo un esfuerzo evidente, Ty levantó un brazo y le acarició la espalda.

–¿Qué tal, mi niña?

Morgan bostezó y apoyó la cabeza en el hombro de Jenny, que se balanceaba adelante y atrás porque a Ava siempre le gustaba que lo hiciera mientras su padre seguía acariciándole la espalda, aunque tenía que estar haciéndose polvo. Era admirable lo mucho que estaba dispuesto a hacer por aquella niña.

Los tres permanecieron juntos en la oscuridad. Jenny alzó la mirada y contuvo el aliento. Estaban muy cerca, tanto que podría ahogarse en el azul de sus ojos, oler el coñac en su aliento y ver la barba incipiente que sombreaba sus mejillas. Sus miradas se encontraron y fue incapaz de romper el hechizo.

Por un momento, ella dejó de ser enfermera, y él de ser su jefe. Durante un maravilloso instante, fueron sólo un hombre y una mujer balanceándose en la oscuridad, cuidado de una niña a la que ambos querían.

De nuevo la soledad dio paso a un anhelo como no lo había conocido hasta entonces. No iba a poder resistir el resto de su vida sin experimentar aquella clase de conexión con un hombre. Se sentía segura y deseó poder apartar el miedo de amar y abrirle las puertas del corazón a Ty.

Pero de pronto él apartó la mirada e hizo una mueca de dolor. Bajó el brazo y se agarró las costillas intentando respirar.

La realidad volvió con la fuerza de una bofetada. La niña se le había dormido en los brazos, así que volvió a depositarla en la cuna y la tapó con su manta. Luego se llevó un dedo a los labios y le hizo un gesto al padre para que saliera de la habitación.

–Gracias por ayudarme –dijo él una vez estuvieron en el pasillo. Era obvio que tenía mucho dolor–. Me voy a la cama –suspiró–. Me asquea no poder ni siquiera tener en brazos a mi hija cuando me necesita.

Era un padre dedicado en cuerpo y alma a su hija y Jenny, dejándose llevar por un impulso, puso la mano en su brazo, intentando ofrecerle consuelo. ¿Cómo sería sentir el abrazo de esos brazos fuertes transmitiendo el amor y la devoción que hacía tanto que no sentía?

De pronto perdió el habla.

–Jenny… –murmuró él, mirándola a los ojos.

De nuevo el corazón se le salió por los ojos y se perdió en el azul de su mirada. Deseó con todas sus fuerzas que la abrazara, que le hiciera sentir la felicidad, la satisfacción y la empatía que sentía siempre que él estaba cerca.

Pero perder a Jack le había enseñado que ese deseo no era más que una absurda fantasía por la que se acababa pagando un precio muy alto.

–Tu padre… –carraspeó–. Tu padre y yo estamos aquí para ayudarte, así que no te preocupes. En unas semanas, Morgan se habrá olvidado de todo esto.

Él asintió.

–Gracias. Sé que tienes razón, pero sólo puedo pensar en el aquí y el ahora –sonrió–. ¿Cómo eres tan lista?

–Para mí es fácil ser objetiva –contestó–. No soy yo la que está enferma.

–Sí, supongo que tienes razón. Me voy a la cama –añadió, llevándose una mano al pecho.

–¿Necesitas ayuda? –se ofreció, a pesar de que sabía que no debía volver a acercarse a su dormitorio.

Él volvió a mirarla y tardó un instante en decidirse.

–No, me las arreglaré bien.

Ella asintió, desilusionada y agradecida al mismo tiempo. Lo vio alejarse despacio, sosteniéndose el costado con el brazo y cerrar la puerta

Jenny se llevó las manos a las mejillas. ¿Pero qué le estaba pasando? Lo que tenía que hacer era sepultar sus fantasías sobre Ty, y no dejarse arrastrar por ellas cada vez que lo tenía cerca.

El verdadero problema era que aquel hombre no sólo la atraía físicamente, sino también como persona. Era un hijo considerado y atento, un trabajador nato y un padre maravilloso y devoto.

Y todo eso tenía un tremendo peso específico.

Pero no quería volver a arriesgarse con un hombre, y menos con uno tan irresponsable y que no sabía evitar el peligro.

Aun así, la atracción que sentía era muy intensa. Y tenía el terrible presentimiento de que si conseguía sepultar sus fantasías, acabaría cavando como una posesa para volver a sacarlas a la superficie.

Capítulo 7

Quieres un poco de limonada?

Ty apartó la mirada de la absurda comedia que estaba viendo en la tele para mirar a Jenny, que había aparecido en la puerta del cuarto de estar. El corazón le dio un saltito. Cuánto se alegraba de verla.

Era obvio que había estado evitándolo desde que ambos entraron en la habitación de Morgan para consolarla. No es que hubiera abandonado sus deberes como enfermera ni mucho menos; seguía ocupándose de que estuviera lo más cómodo posible. Pero las visitas nocturnas no habían vuelto a repetirse, lo mismo que las confesiones y todo lo demás.

En parte se alegraba, pero también en parte no. Qué situación más rara.

–Estupendo –le contestó con una media sonrisa.

Ella asintió y fue a buscarla a la cocina. Las niñas y el abuelo ya se habían acostado y la casa estaba muy tranquila. Ty se aburría enormemente, y quizá por eso se había alegrado tanto de ver a Jenny.

Cambió de postura en el sofá, y el movimiento produjo la acostumbrada punzada de dolor, pero ya menos intensa y más soportable. Se engañaba a sí mismo pensando que se alegraba de verla sólo por salir del aburrimiento, cuando el verdadero motivo era que disfrutaba con su compañía. Era una mujer inteligente y alegre, además de muy agradable de ver. ¿A qué hombre no le gustaría una combinación semejante?

Jenny volvió con la limonada y un plato de golosinas que había hecho aquella misma tarde y que habían impregnado la casa de olor a galletas. A él se le había llenado la boca de agua. Era un goloso irrefrenable, y aunque ya se había comido un par de galletas después de cenar, estaban tan buenas que pensaba comerse unas cuantas más. A ver si volvía pronto al trabajo, porque tanta inactividad y tan buena comida iban a transformarlo en un botijo.

Le entregó su vaso y le acercó el plato de las galletas.

–¿Quieres?

–Por supuesto –contestó, llevándose dos. No podría decir cuánto tiempo hacía que no tomaba galletas caseras con perlitas de

chocolate. Su padre no las hacía, aduciendo que tenía que controlar su colesterol y él simplemente no tenía tiempo.

Jenny dio media vuelta, dispuesta a marcharse.

–¿Necesitas algo? –le preguntó desde la puerta.

Ty tomó un bocado de aquella deliciosa galletas y negó con la cabeza. Qué guapa estaba con aquellos vaqueros y una sencilla camiseta blanca que apenas rozaba la cinturilla de los pantalones. Ojalá tuviera que alcanzar algo y la dichosa camiseta se subiera un poco.

«¿Pero estás loco, tío?».

La cuestión era que no quería que se marchara. No había nadie más con quien hablar y la monotonía de no hacer nada lo iba a volver loco. Además no tenía gran cosa que leer porque habitualmente no tenía tiempo.

–Estoy bien, gracias –contestó–. ¿Por qué no te tomas un descanso? –le ofreció, señalando el sofá.

Ella se mordió el labio. Parecía una potrilla a punto de dar un respingo.

–Eh… bueno, vale –se decidió al fin, y tiesa como un palo, se sentó en el sofá y sonrió tímidamente.

–¿Estás bien? –le preguntó él.

–¿Eh? ¿Que si estoy bien? Sí, sí.

–Vamos, Jenny –la animó. No le gustaba tanta distancia entre ellos–. Pareces a punto de estallar.

Ella se levantó de pronto y se acercó a la puerta.

–Me parece que he oído a una de las niñas.

–Las niñas están bien. ¿Qué te pasa?

Jenny se detuvo y se pasó una mano por el pelo.

–Es que… no estoy segura de poder decírtelo –contestó, guardándose las manos en los bolsillos de atrás de los vaqueros.

–Entonces sí que te pasa algo.

Ella respiró hondo.

–Sí. Es que… es por ti.

Él abrió los ojos de par en par.

–¿Qué he hecho? –le preguntó, alarmado. No quería perderla. Morgan lo pasaría fatal, y tardaría una eternidad en encontrar a otra persona que quisiera vivir allí.

Sólo eso… ¿verdad?

–No es que hayas hecho nada –contestó, rodeándose la cintura con los brazos.

–¿Entonces qué? –insistió, poniéndose en pie. Necesitaba más una explicación que evitar el dolor del movimiento–. ¿Qué pasa,

Jenny?

Ella lo miró a los ojos y vio en ellos tanta ansiedad que el estómago se le hizo un nudo.

–Es que… pienso que no deberíamos pasar mucho tiempo juntos –dijo, y bajó la mirada. Las mejillas se le habían teñido de rojo.

Él se quedó inmóvil, y antes de que pudiera procesar una respuesta, ella volvió a hablar:

–No puedo quitarme de la cabeza lo de la otra noche en la habitación de Morgan.

Ah. Era eso. La mirada que habían intercambiado aquella noche. El recuerdo lo asaltó: su aroma a limón, el silencio de la noche que los rodeaba, la idea de que eran dos personas hechas para estar juntas, consolando a Morgan y en otros sentidos. La satisfacción y la plenitud que sentía estando a su lado.

El deseo que había sentido de no separarse nunca de ella.

Debió de creer que no quería hablar de ello porque antes de que fuera capaz de reaccionar, ella volvió a intervenir:

–Lo siento. No debería haberte hablado de ello.

Y salió de la habitación.

Ty se quedó plantado, latiéndole el corazón como si hubiera cargado cincuenta balas de paja. ¿Habría soñado aquella conversación?

No. Él también había pasado muchos ratos recordando aquel momento tan explosivo. Más que muchos, demasiados si se consideraba un tipo listo.

Aunque últimamente, no estaba muy seguro de serlo. Desde que Jenny había aparecido en su vida para ponerla patas arriba, se sentía muy confuso y deseaba cosas que no podía arriesgarse a tener: amor. La mujer de sus sueños a su lado para toda la vida. Ja. «Mujer» y «para toda la vida» en la misma frase. Qué tontería.

Volvió a pensar en Jenny. A pesar de haber dicho que no quería volver a enamorarse, que anduviera pensando en aquel momento lo llenó de felicidad. Pero que al mismo tiempo lo molestara lo que había ocurrido entre ellos le provocaba una especie de escozor. Por el bien de Morgan necesitaba que Jenny fuera feliz en su trabajo y también quería que pudiera sentarse tranquilamente a charlar con él.

Se pasó la mano por las mejillas rasposas. Se estaba metiendo en un buen lío.

Con las mejillas ardiendo, Jenny dejó a Ty en el cuarto de estar

y salió a toda prisa para huir de la conversación que ella misma había empezado.

¿Pero qué diablos le había pasado para decirle a Ty que la obsesionaba lo que había ocurrido en la habitación de Morgan?

Llegó al salón y se paró en seco. Estaba hecha un lío, y detestaba profundamente sentirse así. Se había pasado dos años en el caos más absoluto mientras se recuperaba de la muerte de Jack, y no estaba dispuesta a pasar ni un minuto mas presa de nuevo de sus emociones.

Aquel ridículo comportamiento con Ty tenía que terminar.

Se había comportado como una idiota, huyendo de él como si fuera una adolescente que se hubiera encontrado con el chico del que estaba enamorada. Y ella ni era una adolescente ni estaba enamorada de nadie.

Bueno, le gustaba un poco, pero de eso podría ocuparse. Tenía que hacerlo. Necesitaba aquel trabajo y la seguridad e independencia que le proporcionaba, y a menos que fuese a dejarlo y salir corriendo, algo que no pensaba hacer, tendría que encontrar el modo de enfrentarse a la desafortunada pero indudable atracción que sentía por el señor Ty McCall.

A lo mejor hablar de sus sentimientos con él no era una idiotez. A lo mejor debía enfrentarse al problema de frente, como siempre le había dicho su madre que hiciera, con serenidad, elegancia y la firma convicción de que cualquier problema se podía solucionar hablando.

Tenía que tragarse la vergüenza, comportarse como una mujer adulta y decirle lo que pensaba. Tenían que guardar las distancias. Su seguridad emocional y el futuro de Ava dependían de ello.

Haciendo acopio de valor, dio media vuelta y volvió al cuarto de estar. Pero antes de que hubiera podido dar tres pasos, oyó llorar a una de las niñas. Parecía Ava. Suspirando, dio la vuelta y se fue a su habitación para ver qué le pasaba a su hija.

La encontró de pie en la cuna llorando, con su muñeco de trapo favorito colgando de la mano por una oreja. Jenny la tomó en brazos y la acunó. Era un maravilla el olor a jabón infantil y a bebé dormido.

Tras cambiarle el pañal, darle un poco de agua y un montón de besos y abrazos, Ava volvió a quedarse dormida poco a poco.

Se quedó un poco más en la habitación para asegurarse de que Ava estaba tranquila, y contemplando a su preciosa hijita en la seguridad de su cuna, rodeada de sus muñecos de trapo, sintió que el corazón se le llenaba de felicidad. Tenía que sobreponerse a lo de

Ty y seguir adelante con aquel trabajo. Ava vivía segura allí y Morgan y ella eran ya inseparables. Además no quería abandonar a la niña como había hecho su madre.

Había encontrado el lugar y el modo de vida perfectos y no podía echarlo todo a perder comportándose como una colegiala. Tenía que enfrentarse cara a cara al problema y despejar el aire.

Decidida salió dispuesta a hablar con Ty. Pero cuando entró de nuevo en el cuarto de estar, el hombre con el que necesitaba hablar estaba dormido en el sofá, con el mando de la televisión sobre el pecho.

Demonios… estaba claro que tendría que dejarlo para otro momento.

Sin hacer ruido, desplegó la manta de algodón que había sobre el respaldo del sofá y lo tapó con ella. Bajó el volumen de la televisión pero la dejó encendida, y apagó las luces por si el sueño resultaba durar toda la noche.

Luego se pasó por la cocina, sacó el ibuprofeno del armario y se lo llevó con un vaso de agua a la habitación de Ty por si se despertaba y tenía dolor.

Sin pretenderlo la mirada se le escapó a la cama con sus sábanas revueltas y la marca de su cabeza en la almohada. Y luego miró la parte vacía del otro lado de la cama. ¿Habría alguna vez otra mujer en aquella cama, durmiendo abrazada a Ty, segura y feliz entre sus brazos?

Sin previo aviso, el deseo de ser esa afortunada mujer la atropelló con la fuerza de una locomotora. Se llevó una mano a la boca para acallar un gemido, ya que era incapaz de detener la fantasía que estaba cobrando vida ante sus ojos.

¿No sería maravilloso poder estar tan cerca de Ty, sentirse amada y mimada por un hombre tan especial, formar parte de su familia y ser destinataria de la devoción que mostraba con Morgan y Sam, acabar de una vez por todas con la soledad?

Cerró los ojos y movió despacio la cabeza. ¿A quién pretendía engañar? Formar parte de la vida de Ty no era más que una absurda fantasía que no debía permitirse.

No. Jamás sería esa mujer. Después de haber pagado tan caro su amor por Jack, no podía volver a correr un riesgo tan grande. Ni siquiera ante la maravillosa recompensa que sería el amor de Ty.

Capítulo 8

Ty se despertó a la mañana siguiente en su habitación. Se había levantado del sofá hacia las dos de la madrugada, y había estado a punto de derretirse al descubrir que Jenny no sólo lo había tapado con una manta, sino que le había dejado sobre la mesilla los calmantes.

Tenía que admitir que le gustaban sus cuidados. Mucho. Hacía una eternidad que una mujer no se preocupaba por sus necesidades.

Antes de que sus pensamientos pudieran seguir por aquella senda, llamaron a la puerta.

–Adelante –dijo, incorporándose en la cama. El dolor del movimiento se había reducido considerablemente. ¡Aleluya! Se sentía mucho mejor, incluso habiéndose quitado el vendaje.

Jenny abrió la puerta. Traía el pelo mojado y las mejillas algo arreboladas. Debía de haberse duchado hacía poco.

–Buenos días. ¿Qué tal te encuentras?

–Mucho mejor, a pesar de que me quedé hasta las tantas en el sofá –le confesó con una sonrisa. Sentía que las fuerzas iban volviendo a él poco a poco. No tardaría en poder salir y trabajar de nuevo–. Gracias por taparme y por las pastillas.

–Es mi trabajo –contestó sin mirarlo.

Cierto. Y mejor sería no olvidarlo. Era su paciente y nada más. Menos mal que eso era precisamente lo que quería hacer.

–He pensado que debes querer deshacerte de esa barba. ¿Qué me dices, Espinete? –bromeó.

Ty tragó saliva. «Ay, Dios». Por supuesto que le encantaría que lo afeitara… ¿a qué hombre no le gustaría que una mujer hermosa como la enfermera Jenny lo afeitara? Ni soñarlo.

–Eh… es que hoy me encuentro mucho mejor –para demostrárselo, levantó un brazo a la altura de la cara e hizo los movimientos de afeitarse. Le dolía, pero no tanto como antes–. Puedo hacerlo solo.

–¿Estás seguro? –le preguntó ella mientras abría las cortinas. Luego se dio la vuelta y lo miró a la cara por primera vez desde que había entrado en la habitación. Sus ojos, verdes como el musgo, brillaban a la luz que entraba por la ventana–. No me cuesta ningún trabajo.

Aquellos ojos iban a ser su perdición. Estar cerca de ella sería maravilloso, sublime, perfecto. Pero él tenía que mantener la cabeza fría y ser listo, y eso se traducía en mantener las distancias.

Es más: recordar la última vez que se había comportado como un perfecto idiota, es decir, durante su relación con Andrea, bastó para renunciar a la tentación.

–Completamente seguro.

Ella asintió. Parecía aliviada.

–De acuerdo. Aféitate y luego te traigo el desayuno.

Iba a salir de la habitación pero de pronto se volvió mordiéndose un labio.

–Hace días que no te das una ducha –dijo con la mirada clavada en la pared que quedaba por encima de su hombro–. No iba a decirte nada, pero como enfermera tuya me siento obligada a ofrecerte… –se aclaró la garganta–. Si quieres, puedo lavarte –y volvió a enrojecer–. Tu padre dice que sería demasiado para su espalda.

Ty la miró boquiabierto. Un montón de pensamientos se le cruzaron por la cabeza a la velocidad de la hierba seca empujada por el viento.

El primero, que esperaba no oler tan sumamente mal.

El segundo, que su ofrecimiento era una sorpresa y una confirmación de que se tomaba muy en serio sus deberes de enfermera.

El tercero, que necesitaba tener una conversación con su padre. No estaba bien que anduviera poniendo a Jenny en una posición tan incómoda, sabiendo él que era perfectamente capaz de ayudar. No es que la perspectiva de que fuera su padre quien lo bañara resultara muy halagüeña, pero aun así…

El cuarto, que admiraba a Jenny por ser capaz de ofrecerse a hacer algo con lo que era evidente que se sentía incómoda.

El quinto, aunque un baño en la cama a manos de aquella mujer le sonaba al paraíso en la tierra, tenía que decir que no. Dudaba de que pudiera sobrevivir a algo así.

–Bah –contestó, intentando dar la impresión de que su ofrecimiento no lo había sorprendido–. No te preocupes. Hoy me siento mucho mejor. Es más, como anoche me quité el vendaje, creo que ya puedo darme una ducha.

Estaba cansado de andar tirado por sillones y sofás. Iba a lavarse aunque le costara la vida.

Ella se acercó mirándolo como si le hubiera confesado que pensaba arrancarse un brazo.

–¿Que te has quitado el vendaje?

–Sí. Estaba ya hasta las narices. Y el médico de urgencias me dijo que podía quitármelo hoy.

–Podría haberte ayudado.

–No se lo tome usted a mal, enfermera Brewster, pero no me gusta tener que depender de usted para cualquier cosa.

–No deberías hacer esfuerzos que…

–No te molestes en insistir en lo de la ducha y el afeitado. Estoy decidido.

Ella hizo una pausa y por fin suspiró.

–Está bien –dijo, mirándolo altanera–. ¿Te parece bien entonces que me lleve las cosas de afeitar?

–Sí, claro –contestó. Había que reconocer que era tan eficiente como valiente. Ofrecerle un afeitado y un baño requería valor. Aquella mujer valía su peso en oro.

Mientras ella entraba en el cuarto de baño, Ty deseó por enésima vez haber contratado una mujer corriente, una que no pudiera impresionarlo o atraerlo.

Intentando pensar en otra cosa, se sentó despacio en el borde de la cama. Toleraba mucho mejor el dolor de las costillas. Menos mal que la recuperación estaba siendo rápida. Deseaba volver a estar en pie cuanto antes y poder salir por fin de la casa.

–Te ayudo –dijo ella al salir del baño.

Pero Ty hizo un gesto con la mano para que no se acercara. Necesitaba demostrarle a ella y a sí mismo que podía moverse solo.

Aun así, ella permaneció a su lado mientras se ponía en pie y luego salió de la habitación murmurando entre dientes como una gallina clueca.

Ty llegó al baño y se miró en el espejo. Tenía una pinta horrorosa: la barba crecida, el pelo revuelto y el pijama arrugado. Levantó un brazo y olió. Su olor tampoco era precisamente deseable.

Apretó los dientes. Costara lo que costase, iba a afeitarse, ducharse y cambiarse de ropa para demostrar que estaba en condiciones de volver al trabajo.

Después de comer, Jenny acostó a las niñas un poco antes de lo habitual porque necesitaba descansar. Jugar una y otra vez a las cocinitas pasaba factura.

Se sentó en un pequeño sofá de mimbre de dos plazas que había en el porche principal de la casa para disfrutar de aquel hermoso

día de comienzos de verano en el que el cielo era azul y lucía el sol.

Respiró hondo. No era cierto que estuviera cansada de jugar con las niñas, sino porque no había pegado ojo en toda la noche. No había hecho más que dar vueltas y más vueltas, pensando en el vaquero de ojos azules y cabello rubio que se le estaba colando en el corazón.

Le gustaban de él demasiadas cosas, aparte del hecho de que era un sueño hecho realidad en su aspecto físico. Aunque fuese un poco testarudo, tenía que reconocer que le gustaba su sentido de la independencia.

Cómo le habría gustado mantener con él la conversación que necesitaba para aclarar las cosas entre ellos. Tanto se había alegrado de que él rechazara su ofrecimiento del baño y el afeitado que había salido a toda velocidad de su habitación, encantada de poder escapar a aquellas dos tareas tan personales.

Y había escapado, gracias a Dios, de ambas cosas, pero no de mantener la conversación que pretendía tener con él. Había vuelto a rajarse, y las niñas habían impedido que se viera con él durante toda la mañana, gracias a un inesperado viaje de Sam a Baker City.

Cerró los ojos y se frotó la frente, intentando desprenderse del dolor de cabeza que se había desencadenado poco antes. A ese paso, el agotamiento iba a poder con ella, y eso no podía ser.

Tenía que encontrar el modo de quitarse a Ty de la cabeza.

Como si ese pensamiento tuviera la capacidad de conjurar su presencia, oyó a su voz decir:

–¿Estás bien?

Abrió los ojos y se lo encontró delante, recién afeitado y tan guapo como siempre.

–Es que me duele un poco la cabeza, pero no tiene importancia –le contestó. Era increíble que hubiera sido capaz de hablar con la voz medianamente tranquila cuando por dentro se sentía como un flan.

–¿Te traigo un vaso de agua y una aspirina?

Ella contestó que no con la cabeza. Su preocupación la conmovía.

–Ya me la he tomado, pero aún no me ha hecho efecto. Además, no deberías preocuparte por mí –añadió con severidad profesional–. No puedes andar yendo y viniendo.

Horrorizada lo vio acercarse y sentarse muy despacio junto a ella. La verdad es que no había otro sitio donde sentarse en el porche.

–De acuerdo –dijo–. Me sentaré aquí contigo –respiró hondo y

miró a su alrededor–. Qué bien sienta poder estar aquí fuera después de tantos días de encierro.

Ella tragó saliva. Ty era un hombre corpulento, y el sofá era demasiado pequeño, tanto que estaba sintiendo como si fuera una plancha a vapor encendida su pierna junto a la suya. Intentó alejarse, pero no había espacio para hacerlo.

–Hoy estás mucho mejor –fue lo único que se le ocurrió decir.

–Es verdad –contestó, estirando los brazos–. Me muevo mucho mejor. Si hubiera tenido que pasar un solo día más sentado en el sofá viendo la tele, me habría vuelto loco.

Eso lo entendía ella perfectamente. Tenerlo a él tan cerca también había estado a punto de hacerle perder la cabeza.

Quizá así, si conseguía incorporarse él al trabajo lo antes posible, ella podría deshacerse de una vez por todas de aquella absurda fascinación. A lo mejor incluso podía librarse de tener que hablar con él. Sería fantástico.

–Jenny –dijo él de pronto, volviéndose hacia ella–, anoche no terminamos la conversación.

–¿Qué… conversación?

–La que empezaste diciendo: «No puedo dejar de pensar en lo que pasó esa noche en la habitación de Morgan».

Ella enrojeció. Genial. Ya no iba a poder evitar lo inevitable.

De perdidos, al río. Tenía que hacer lo que tenía que hacer, aunque sólo pensar en otra conversación íntima con Ty le empujaba el estómago hasta la garganta. Entonces recordó a su madre. Sheila Forbes jamás habría dado la espalda a una situación como aquélla, y no podía equivocarse emulando a una mujer que había estado casada durante más de treinta y cinco años y que había criado a cinco hijos medianamente normales.

–¿Qué quieres saber? –le preguntó.

Dios, ¿dónde se estaba metiendo?

Ty se volvió hacia ella.

–¿Cómo dices?

Acostumbrado a que ella lo rechazara de continuo, creía no haber oído bien. No se esperaba que accediera a hablar tan fácilmente.

Había tomado la decisión de interpelarla directamente sobre el asunto porque, por absurdo que pareciera, no había podido dejar de pensar en que a ella también lo había afectado lo ocurrido en la habitación de Morgan.

Por supuesto que había intentado apagar su curiosidad recordándose sin tapujos que no quería que otra mujer volviese a acercarse a él lo suficiente como para acabar sufriendo si es que decidía marcharse, pero no había sido capaz de olvidar lo que su mirada había revelado en la habitación de Morgan, ni de la sensación de que estar allí de pie, en la oscuridad, cuidando de una niña, era el lugar que ambos debían ocupar.

De lo maravilloso que sería tener a Jenny en su vida.

–He dicho que qué quieres saber –repitió ella.

Ty recapituló.

–¿De verdad has estado dándole vueltas a lo que ocurrió en la habitación de Morgan?

Ella apretó los puños.

–Sí –dijo en un susurro.

Aunque no parecía estar precisamente encantada por ello, una oleada de felicidad lo sepultó.

–¿Y eso es malo?

–Por supuesto –contestó ella como si se tratara de una verdad teologal–. Soy tu enfermera, y tu empleada. No debería estar tan… cerca de ti.

Su admisión le provocó una descarga de complacencia. Aun así, entendía tanto lo que decía como lo que dejaba sin decir: que ella también quería mantenerse alejada del amor.

Su candor era admirable, y la hacía merecedora de toda su sinceridad.

–Creo que los dos tenemos el mismo problema.

Ella se volvió sorprendida, y en sus ojos verdes brilló la sorpresa y la preocupación.

–¿Ah, sí?

Incapaz de contenerse estando tan cerca, alzó la mano y le acarició la mejilla como deseaba semanas hacerlo. Su piel era suave como el terciopelo.

–Sí.

Jenny contuvo la respiración y algo inexplicable ocurrió de repente. Una especie de electricidad palpitó entre ellos como el aire que se llenara de energía antes de la tormenta. Todas sus precauciones, su instinto de conservación desapareció de repente y dejó de ser un hombre que debe protegerse para pasar a ser un hombre que puede seguir los impulsos de su corazón.

Totalmente ensimismado, pasó la mano de la mejilla a su nuca y como si fuera la cosa más natural del mundo, se acercó y la besó suavemente en los labios.

En un instante quedó completamente perdido. La felicidad lo desbordó. Jenny era la perfección, la belleza, todo lo que podía desear en una mujer, la más encantadora que había conocido.

Una honda satisfacción le sobrevino al notar que ella no sólo no se separaba sino que le devolvía el beso, sujetándolo por los brazos como si no quisiera dejarlo marchar.

Olvidándose de todo lo que no fuera la mujer que tenía en los brazos, la apretó contra su pecho. Quería tenerla tan cerca como fuera posible. Necesitaba absorber su esencia, notarla pegada a su corazón.

Un dolor agudo como un navajazo le atravesó el pecho y no pudo contener un gemido de dolor. Como si le hubieran echado un cubo de agua hirviendo, Jenny se separó inmediatamente y se puso de pie. Con la respiración agitada se llevó una mano a la boca.

«¡No!», se maldijo él.

Alzó los brazos hacia ella para llamarla. Necesitaba volver a tenerla igual que necesitaba volver a respirar.

–Jenny, vuelve.

Ella contestó que no con la cabeza.

–No. No… puedo –dijo, rodeándose la cintura con los brazos.

Ty bajó los brazos e intentó disipar la niebla que le nublaba el pensamiento para poder entender su negativa.

–¿Por qué no?

–Ya te lo he dicho antes. Trabajo para ti –contestó. Parecía tan confusa como él–. No deberíamos… besarnos.

Sí, en eso tenía razón. La miró, pero ella tenía la vista fija en el suelo. ¿Cómo había podido asustarla tanto?

Además, debería estarle agradecido por intentar mantener las distancias. Pero entonces, ¿por qué no podía pensar en otra cosa que no fuera tenerla de nuevo en los brazos, en volver a sentir la felicidad y la plenitud que había experimentado un instante antes?

Con las costillas todavía protestando ruidosamente se levantó, se acercó a ella con la intención de saber la verdad, buscando la fuerza necesaria para protegerse y alejarse.

–Esto va más allá –dijo, sujetándola suavemente por un brazo.

–¿Por qué lo dices? –le preguntó, mirándolo de soslayo.

–Porque ya me has dicho que no crees en el amor, y tienes tantas razones como yo para mantener las distancias. Me dijiste que esperas estar sola el resto de tu vida por lo mucho que sufriste por la muerte de tu esposo.

Ella lo miró y sus ojos estaban llenos de sombras. Luego, despacio, se soltó y se alejó.

–No puedo hablar de esto –dijo, en una voz apenas audible.

–Sí que puedes. Los dos sabemos que hay algo entre nosotros y tenemos que enfrentarnos a ello.

Tenía que saber qué pensaba ella. Además, las palabras no podían hacerle ningún daño.

–Acabamos de besarnos –continuó–. Deberíamos hablar de ello.

Ella respiró hondo y al final asintió.

–Supongo que tienes razón. Mi madre siempre dice que lo mejor es hablar las cosas –otra vez con los brazos cruzados, como si tuviera frío, volvió a sentarse en el banco de mimbre–. Ya te conté cómo murió mi marido, ¿verdad?

Él asintió. Cómo olvidar la agonía que había visto en sus ojos, la desazón que le producía que su marido hubiera corrido riesgos, muriera y la dejara sola.

–Cuando perdí a Jack, quise morir –dijo en voz baja.

El corazón se le encogió al pensar en lo difícil, en lo desgarrador que debía de haber sido para ella. Se acercó pero no llegó a sentarse.

–Continúa.

–La verdad es… –continuó con voz temblorosa– que no quiero volver a querer a alguien lo bastante como para sufrir después cuando desaparezca de mi lado. Creo que no lo soportaría.

El corazón se le partió de nuevo al pensar que pudiera quedarse sola para siempre, aunque por sí mismo no sufriría a pesar de estar destinado a padecer la misma suerte.

Una polvareda se alzó en la distancia. Era el coche de su padre que se acercaba por el camino de tierra. No esperaba que volviera tan pronto. Tenían que acabar con aquella conversación antes de que el casamentero de su padre llegara y quisiera tomar las riendas del asunto.

Al volverse a mirarla vio que tenía las mejillas húmedas. Lloraba en silencio.

–Sería absurdo correr por segunda vez el mismo riesgo –dijo con la voz rota–. Tengo que protegerme, a mí y a Ava. Cualquier hombre que entrase en mi vida entraría también en la de ella.

Sí. Comprendía bien su preocupación. Tenía que cuidar de sí misma y de su hija.

Lo mismo que debía hacer él.

A pesar de lo que le decía su instinto de protección, deseó poder calmar su dolor. Pero estaba seguro de que ella no iba a aceptar su consuelo, y tampoco podía arriesgarse a tocarla, así que apretó los puños y asintió.

–Gracias por recordarme todo eso. Yo me siento igual que tú. Besarte ha sido un error y te pido disculpas. No volverá a suceder.

Ella lo miró un instante entre sorprendida y dolida. Luego se levantó, se estiró la camiseta rosa que llevaba y asintió.

–Bien. Entonces está todo aclarado, ¿no? –dijo con una voz sin emoción.

–Sí, eso es –contestó porque sabía que era lo que debía decir, a pesar de que sintió un extraño dolor en el corazón.

Luego ella se marchó dejándolo en el porche, solo.

Aunque el gesto le dolió, se pasó una mano por el pelo.

«Contrólate, McCall», se dijo.

Tenía que olvidarse de volver a abrazar a Jenny, de besarla o de perderse en su dulzura o en su luz.

Ella no quería una relación y él tampoco.

Algo murió en su interior, dejando sólo vacío. Un vacío que detestaba pero al que tendría que acostumbrarse por su propio bien y el de Morgan.

Capítulo 9

A la noche siguiente Jenny se llevó una agradable sorpresa cuando Sam le dijo que cenarían en el patio ya que la noche era muy agradable. Las niñas iban a volverse locas de contento con lo de cenar fuera pero decidió no decirles nada mientras les lavaba las manos para darles una sorpresa. Hizo el control de azúcar de Morgan, le administró la dosis apropiada de insulina y salió con las dos al patio.

Las niñas se deshacían en exclamaciones al ver la mesa tan bonita, pero la reacción de Jenny fue bien distinta. Había sólo dos servicios y no cinco, copas y vino blanco, un jarrón con flores frescas, velas en soportes de cristal, porcelana y cubiertos de plata.

Un escenario de lo más romántico.

Las niñas estaban jugando con sus reflejos en el cristal de la puerta. Condenado casamentero… Sam había vuelto a las andadas.

El aludido llegó justo entonces con una bandeja de comida en las manos, claramente sólo para dos.

–Ah, ya estás aquí –dijo, dejando el pollo, las patatas y la ensalada sobre la mesa–. Siéntate, por favor.

–Sam, ¿qué está pasando aquí?

–¿Qué va a pasar? Nada. Que vamos a cenar –contestó, rebosando inocencia.

–Sólo hay cubiertos para dos –señaló ella, cruzándose de brazos–. ¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

–Es que como los cinco no cabemos en esta mesa, he decidido prepararles a las niñas un picnic delante de la tele –y frotándose las manos, miró a las pequeñas–. ¿Qué os parece, chicas? ¿Hacemos un picnic viendo los dibujos?

–¡Sííí! –gritaron las dos, dando saltos.

Jenny miró a Sam frunciendo el ceño. ¿Cómo podía utilizar así a las niñas? Antes de que pudiera alcanzarlas, habían salido a todo correr hacia el salón, seguidas por Sam.

–Tengo que irme –le dijo por encima del hombro, y dejó allí a Jenny con aquella cena de cuento.

Una cena de ensueño con un hombre de ensueño.

El hombre que la había besado el día anterior con un beso de

fuego que había despertado en ella una sensación de goce y felicidad como hacía tiempo que no sentía. Como por arte de magia, toda su soledad había desaparecido.

¿Cómo había podido perder el control de esa manera? El miedo le apretó el estómago, pero intentó no prestarle atención. Tenía que serenarse. Tenía que pensar.

Había sido débil, sí. Había permitido que él copase todos sus pensamientos desde el mismo día en que llegó. Incluso había perdido temporalmente el buen juicio al permitir que la besara, pero las cosas iban a cambiar. No iba a bajar la guardia ni por un segundo.

Un instante después, Ty apareció en el patio, y lo vio mirar atónito aquella mesa para dos.

Estaba fantástico con aquella camisa fina de algodón color azul y unos vaqueros viejos. Además, traía el pelo mojado, como si acabara de salir de la ducha.

El corazón le rebotó en el pecho como si fuera una bola de goma. Dios, aquel hombre era atractivo y, además, cómo besaba. Todo eso, sumado al padre y al hijo que era, lo convertía en el hombre más atractivo que había conocido en toda su vida

Un escalofrío le recorrió la espalda. Estaba metida en un buen lío.

Ty consiguió por fin poner en funcionamiento las piernas y salió al patio. Jenny estaba allí y él la miró enarcando las cejas. Parecía muy preocupada.

Lo de su padre no tenía arreglo. Nada le daba derecho a orquestar semejante montaje, y mucho menos a pasar por alto la conversación que había tenido con él aquella misma tarde, en la que le había dicho bien claramente que dejara de hacer tonterías.

Alzó los hombros y sus costillas le recordaron inmediatamente que todavía no estaba curado. Tenía que tranquilizarse. Tampoco era tan malo compartir una velada con una mujer atractiva y con personalidad como Jenny. Además, no era más que una cena, una comida necesaria para el organismo, no una cita.

–Ya ha vuelto a las andadas, ¿no? –le preguntó.

Ella asintió.

–Desde luego –contestó, mirando a la mesa mordiéndose un labio, lo que a Ty le recordó lo suaves que habían resultado ser al besarlos.

Intentando quitarse el recuerdo de la cabeza, se acercó a la

mesa. La cena olía de maravilla. Había una cesta cubierta con un paño blanco. Lo destapó. Eran rollos de canela. Sus favoritos.

De ninguna manera iba a rechazar la primera cena que podría disfrutar sentado a una mesa como cualquier ser humano desde hacía semanas, así que separó la silla de la mesa para Jenny y la invitó a sentarse.

–¿De verdad vamos a… a cenar solos? –se sobresaltó.

–Yo creo que lo mejor es que le sigamos la corriente, y a lo mejor así se cansa. Además, yo no pienso rechazar semejante festín. Estoy muerto de hambre.

Ella seguía mordiéndose el labio y mirando a la mesa como si de pronto le hubieran brotado alas y rabo.

–Está bien –suspiró, acercándose a la silla que él había conseguido mover con un esfuerzo considerable–. Una cena no puede hacer ningún daño –murmuró, como si fuera a cenar con el mismísimo demonio.

Ty la entendía bien, y mientras se sentaba se dijo que iba a disfrutar de la cena y de la compañía sin complicarse la vida.

Miró a Jenny, y ella se apartó un mechón de pelo de la cara y sonrió tímidamente. Los últimos rayos del sol arrancaban destellos de su pelo, y su piel se veía sonrosada y perfecta. Estaba preciosa.

No se conocía a una mujer como ella todos los días, y el placer de su compañía era un regalo después de haber estado postrado tanto tiempo.

Estaba callada y Ty decidió no iniciar la conversación hasta que hubiera tenido tiempo de asimilar la situación. Comenzaron por servir la carne y él llenó sus copas de vino, ya que no había otra cosa que beber. Ella tomó un sorbo y cerró los ojos.

–Lo necesitabas, ¿eh? –bromeó.

Ella sonrió.

–Es que… estoy un poco nerviosa.

Ty se sirvió las deliciosas patatas que cocinaba su padre.

–Pues no tienes por qué –contestó–. No soy tan peligroso –añadió, ofreciéndole la cuchara.

Ella se sirvió sin dejar de sonreír.

–Eso es cuestión de opiniones.

–¿Ah, sí? ¿Entonces piensas que lo soy?

Jenny dejó la cuchara con un suspiro.

–Eres muy persistente, ¿lo sabías?

–Lo siento. Es que no me gusta el papel de lobo malo.

Ella no dijo nada y comenzó a comer en silencio. Luego, cuando lo miró directamente a los ojos, Ty contuvo el aliento.

Dios, qué preciosa era con aquellos ojos verdes, su pelo rubio y aquellos labios sonrosados hechos para besar.

–No es que intimides a nadie. Lo que me da miedo es… –hizo una pausa y carraspeó–. Lo que me asusta es lo que me haces sentir –confesó casi sin voz.

Aunque ya había admitido en otra ocasión que se sentía atraída por él, a punto estuvo de caérsele el tenedor de la mano.

–¿Y cómo… cómo te hago sentir?

Necesitaba saberlo, fuera como fuese.

–No quiero seguir con esta conversación –respondió ella, dejando los cubiertos.

–Vuelves a ponerte a la defensiva.

–No me pongo a la defensiva –replicó, indignada–. Lo que pasa es que no sé si deberíamos hablar tan… abiertamente de…

Dejándose llevar por un impulso, colocó su mano sobre la de ella.

–¿No te das cuenta? –le dijo, temblándole la voz–. Tenemos que hacerlo.

–¿Por qué? ¿Por qué no podemos…?

–¿Seguir evitándonos durante toda la eternidad? –la interrumpió–. No. De ninguna manera. Los dos vivimos en esta casa, y supongo… espero que pienses quedarte. Pase lo que pase, deberíamos ser capaces de cenar juntos sin problemas, ¿no crees?

Ella ladeó la cabeza pero no se soltó de su mano.

–Supongo que sí. Este trabajo es demasiado importante para mí como para echarlo a perder.

–¿Sólo te importa el trabajo? –con la mano que tenía libre hizo el gesto de clavarse un cuchillo en el corazón–. ¡Me has matado! –exclamó teatral.

Ella se echó a reír, y su risa le penetró la carne y fue a alojarse en su corazón.

–Anda, calla –le dijo ella, soltando la mano–, que eres como un niño grande.

Ty le devolvió la sonrisa mientras untaba mantequilla en el pan. Menos mal que Jenny se estaba relajando. Lo mejor sería aparcar el tema, al menos de momento, y contentarse con saber que pensaba quedarse y que seguía hablando con él. Y eso lo hacía feliz.

–Tienes razón –continuó con la broma, echándose mano a las costillas–. Estoy herido y soy muy frágil en este momento.

–Embustero –lo reprendió de buen grado.

–¿Embustero, yo?

–Sí, tú –tomó otro sorbo de vino–. Quién se lo iba a imaginar.

–Es que en realidad no nos conocemos –contestó, llevándose a la boca un trozo de pollo. La salsa en que lo había cocinado su padre estaba deliciosa–. ¿Por qué no fingimos ser simplemente Ty y Jenny, y que nos acabamos de conocer? –no podría explicar por qué sentía deseos de ser sólo un hombre para ella, sin las limitaciones que imponían las circunstancias. Era una locura, sí, pero muy tentadora–. Sería… interesante, ¿no te parece?

Su mirada se volvió desconfiada una vez más, y Ty esperó oírla decir una vez más aquello de que eran jefe y empleada.

Pero se llevó una sorpresa cuando la oyó decir:

–De acuerdo. Me parece buena idea.

Ty se lanzó a ello de cabeza.

–Vale. Entonces, háblame de ti, Jenny.

–Ya sabes de mí lo más importante.

–Nos acabamos de conocer, ¿recuerdas?

–Ah, es verdad –sonrió–. Bueno, pues nací en Oak Valley, en Oregón, y he vivido toda mi vida allí, excepto el tiempo que estuve en la universidad, en Eugene. Soy enfermera y trabajaba en el Hospital Central de Oak Valley hasta que tuve a mi hija. Somos cuatro hermanos, y yo soy la tercera –tomó un sorbo de vino y lo miró a los ojos–. ¿Y tú qué me cuentas, Ty? ¿Cuál es la historia de tu vida?

Él se recostó en su silla antes de contestar.

–Pues la verdad es que no hay mucho que contar. Crecí en este rancho, pero soy hijo único, y fui a la universidad pública de Oregón para licenciarme en Agronomía.

–¿Siempre has querido ser granjero?

–Sí –asintió–. Es un trabajo duro, pero me siento conectado con la tierra y los animales que crío –miró entonces las construcciones de servicio situadas más allá de la valla de cadena y a los pastos salpicados de árboles que se extendían durante kilómetros–. No puedo imaginarme vivir de otro modo.

–Te gusta esto, ¿no? –preguntó, mirándola a los ojos.

–Mucho. Y me gustaría que Morgan lo viviera como lo vivo yo. Espero ser capaz de transmitirle el amor a la tierra y a los animales, algo que no fui capaz de comunicarle a su madre –sonrió–. El verano que viene, le enseñaré a montar.

–¿No te da miedo que se haga daño?

Él la miró sorprendido.

–Es que los caballos son animales muy grandes y peligrosos –le explicó–. A mí me daría un miedo tremendo ver a Ava subida a uno.

Él sonrió.

–Qué va. Yo crecí montando, y los animales grandes forman parte imprescindible de la vida de un rancho. Además –añadió, flexionando el bíceps–, yo la protegeré.

Jenny se rió y tomó otro bocado de pollo. Después hubo un largo silencio y volvió a hablar:

–Es afortunada por tener un padre como tú –dijo con cierta melancolía.

El pecho se le inflamó de orgullo. ¿Estaría pensando en el padre que había perdido su hija?

–Yo también tengo un padre maravilloso –continuó, guardándose los recuerdos del padre de Ava para sí–. Fue él quien me inspiró para hacerme enfermera.

–¿Nunca has querido ser médico?

–No. Hay que pasar demasiado tiempo estudiando, y yo nunca he sido una estudiante modelo.

–¿Ah, no? Yo me imaginaba que eras la típica empollona.

–Pues no. Podría haberlo hecho, pero me faltaba la motivación.

–A mí también –contestó, complacido de haber encontrado un punto en común–. No me gustaba estudiar por lo que suponía estar encerrado. Por mí, habría dejado los estudios y me habría dedicado al rancho directamente.

–¿Y por qué no lo hiciste?

–Porque mi padre no me lo permitió –confesó, y cambió de postura–. Decía que quería que yo tuviera la educación que él no había tenido.

–Un hombre inteligente, tu padre –contestó ella, señalándolo con el tenedor.

–No siempre –contestó él con una sonrisa.

–¿Por qué dices eso?

–Pues porque hace cosas inteligentemente, y otras no.

–¿Como por ejemplo, hacer de casamentero? –bromeó.

–¡Bingo!

Y los dos se echaron a reír. Su alegría era para él como una cálida manta con que le arropaba el corazón.

En aquel momento apareció su padre. Les traía una tarta de piña, el postre favorito de Ty.

Jenny alabó sin descanso el dulce y después se excusó para ir a ver a las niñas, con la promesa de que no tardaría en volver. Ty se quedó solo un momento. El sol se estaba poniendo ya y teñía el cielo de fuego.

A pesar de las emociones positivas que lo embargaban, como felicidad, satisfacción, seguridad… una nube negra e irritante se

empeñaba en empañarlo todo.

Aunque no quería pensar en ello después de lo mucho que había disfrutado con su compañía, no podía evitar desear que aquello no volviera a repetirse porque no quería llegar más adelante a tener que arrepentirse de haber conocido a Jenny Brewster.

Media hora más tarde, Jenny no tuvo otro remedio que admitir que había caído bajo el hechizo de Ty, y sentir que no le daba miedo fue toda una sorpresa.

Relajarse y ser capaz de disfrutar de su compañía la había hecho entrar en otra dimensión, un lugar en el que podía relacionarse con él como mujer. Sin miedo, sin limitaciones, sin sentirse amenazada.

No es que tuviera mucho sentido pero estar allí a solas con Ty le parecía que era precisamente lo que necesitaba. Una hora siendo libre después de haber estado amordazada tanto tiempo.

Después de ir al salón a ver qué tal estaban las niñas, había vuelto para seguir su conversación. Habían hablado de Morgan, de Ava y de Sam, por supuesto, de la vida en el rancho y de cosas mundanas como el cine o la música.

La sorprendió descubrir que tenían cosas en común, como su mutuo desinterés por el estudio y su deseo de continuar los pasos de sus progenitores. Eran más parecidos de lo que se imaginaba.

Ty había resultado ser un conversador encantador y divertido, y una persona verdaderamente interesante que la estaba atrayendo hacia su círculo interior. Y ella estaba permitiendo que ocurriera.

A lo mejor se le había subido el vino a la cabeza. O quizá llevara demasiado tiempo sola. Probablemente estaba también cansada de pelear contra sí misma y quería ver adónde conducía todo aquello, a pesar del riesgo que podía correr su maltrecho corazón.

Fuera como fuese, no conseguía preocuparse por ello. Por primera vez desde la muerte de Jack, se sentía viva y en sintonía con un hombre, flotando en una especie de viento cálido y bienhechor que nunca había esperado volver a sentir.

Feliz y tranquila, se recostó en su silla. Había sido una cena deliciosa. Miró a su alrededor. El sol se había escondido ya tras el horizonte del oeste y en el cielo se mezclaban el naranja, el rosa y el púrpura. La brisa cálida era muy agradable y el runrún de los animales en los pastos le aportaba una placidez insospechada.

–¿Qué te ha parecido la tarta? –le preguntó Ty, ofreciéndole otro pedazo pinchado en el tenedor.

–Está deliciosa –contestó, y abrió la boca para disfrutar del

delicioso sabor de la piña y el chocolate. No sin cierto sentido de culpa admitió que le gustaba que Ty le estuviera dando de comer.

–Te ha quedado un poco de chocolate en los labios– dijo él, y su voz le sonó dulce como la miel.

El latido del corazón se le aceleró.

–Habrá que ocuparse de ello –continuó con sus ojos azules clavados en su boca.

Jenny experimentó un calor intenso y oscuro, aunque en algún lugar de su alma sonaran sirenas de advertencia.

Como si fuera lo más natural del mundo, Ty se inclinó hacia ella y puso su boca en el punto en que estaba el resto de tarta, y con una ardiente ternura se lo quitó.

«Oh, sí… perfecto».

Como si se hubiera agitado una varita mágica, Jenny se sintió de pronto completa. Amada. Todo lo que no fuera Ty desapareció como por ensalmo: el dolor y la soledad. El miedo y la incertidumbre. Todo ello desapareció.

Como si flotara en una nube, ladeó la cabeza para adaptarme mejor al beso, y Ty tomó su cara entre las manos con un gemido de pura agonía.

Un instante después sentía su caricia en la cintura, más febril a cada segundo que pasaba. El beso fue prologándose hasta que ella se removió inquieta en la silla. Necesitaba más, mucho más. Justo cuando sentía las manos de Ty en el borde de la camisa, una voz de hombre la arrancó del trance.

–Siento interrumpiros –dijo Sam desde la puerta en un tono bastante neutro, teniendo en cuenta cómo los había sorprendido–, pero las niñas ya se van a la cama, Ava quiere despedirse de su madre y Morgan llama a su papá.

Ty sacó inmediatamente las manos de debajo de la camisa y se incorporó.

–¿Cómo? –balbució ella–. Eh… ah… de acuerdo –se sentía como una completa idiota, incapaz de mirar a Sam a los ojos–. Claro. Las niñas se tienen que ir a la cama –miró a Ty, que seguía sentado y sonreía–. Tendríamos que irnos, ¿no, Ty? A ver a las niñas, quiero decir.

Sin esperar respuesta, se levantó y cruzó a todo correr la puerta que daba al salón. Las piernas le temblaban de tal modo que estuvo a punto de caer de bruces al tropezarse con el marco. Pasó al lado de Sam sin decir ni palabra y afortunadamente él tampoco dijo nada.

Toda la cordura y el buen juicio que había perdido por completo

en el patio le volvió de golpe, y trajo consigo un doloroso nudo en el pecho.

Había olvidado el plan de no bajar la guardia. Es más, se había perdido en él, había cruzado una línea que había jurado no traspasar jamás y había permitido que aquel hombre rozara el lugar en el que se alojaba su corazón.

Y para colmo, había permitido que la besara… y no sólo eso, sino que ella lo había besado a su vez como si no hubiera más en el mundo.

El único problema era que, habiendo pasado más tiempo con él, habiendo charlado y reído juntos, ya no estaba segura de querer volver al otro lado de la maldita línea.

Dios… ¿qué había hecho?

Capítulo 10

Ty estaba de pie junto a la cocina y tomó un trago de la leche caliente que se había preparado. No estaba mal, aunque él prefería el té con un poco de coñac para ayudarlo a dormir, pero como antes había tomado vino con Jenny tendría que contentarse con la leche.

Miró el reloj de la cocina. La una de la madrugada. Diablos… estaba muy cansado, pero no conseguía relajarse. Claro que todo lo que había conseguido hacer desde que se había metido en la cama era repasar todos y cada uno de los detalles de la cena.

Cuanto más tiempo pasaba con Jenny, más le gustaba y más la admiraba. Era una mujer cariñosa, divertida y dedicada en cuerpo y alma a las niñas. Cuando hablaba de ellas, se refería a Morgan en el mismo tono lleno de ternura que empleaba para su propia hija.

Su amor por Morgan, una niña que no era hija suya, lo impresionaba. Eso y muchas cosas más. Cómo había sobrevivido a la muerte de su marido teniendo siempre en cuenta el mejor interés de su hija. Sus conocimientos de enfermería. Su deseo de ganarse la vida por sí misma. Era una mujer increíble.

Con el tazón de leche en la mano, se sentó a la mesa. No podía seguir ignorando la verdad: Jenny le estaba llegando al corazón.

Y él estaba muerto de miedo.

Depender de una mujer en cualquier sentido era arriesgarse a ser abandonado. ¿Cómo permitir entonces que llegara a significar algo para él si tan preocupado estaba porque pudiera dejarlo solo y maltrecho en el futuro?

No era extraño que no pudiera dormir, con aquellos pensamientos en la cabeza.

–¿Tú tampoco podías dormir? –le preguntó Jenny desde la puerta.

Se volvió a mirarla y el corazón le dio en el pecho los saltos de un toro de rodeo. Estaba perfecta con aquella bata azul, las zapatillas a rayas y el pelo cayéndole alrededor de la cara.

–Tampoco –contestó, conteniendo el loco deseo de correr a su lado, abrazarla y no soltarla jamás.

¿Y por qué no hacerlo? Estaba cansado de pelear contra sí mismo, cansado de negar lo mucho que deseaba estar a su lado. El control que ejercía sobre sí mismo había llegado al límite.

Poniéndose de pie despacio, se acercó a ella y sin preámbulos la abrazó. Dios, cómo le gustaba su olor, sentir su cuerpo pequeño pero con las curvas perfectas pegado al suyo.

Para su deleite, ella lo abrazó por la cintura y apoyó la mejilla en su pecho para decir:

–Ay, cuánto deseaba que hicieras esto, Ty.

La felicidad lo sepultó como una riada. Estaba tan cansado de esconder sus sentimientos…

–No he podido dejar de pensar en ti.

Ella asintió.

–Yo tampoco he podido dejar de pensar en ti –se separó para mirarlo a los ojos–. ¿Qué vamos a hacer?

–¿Qué te parecería esto? –contestó, mirando su boca, aunque sabía que no era ésa la respuesta que esperaba, y la besó como había soñado hacerlo.

Estar en sus brazos era estar en el paraíso, un lugar tan cálido y suave… necesitaba sentirla más cerca, necesitaba absorberla, sentir su piel y retenerla consigo para siempre.

Necesitaba la felicidad y la satisfacción que siempre experimentaba cuando ella estaba cerca.

¿Cómo podía preguntarse si era un error?

La besó hasta que los dos quedaron sin aliento, hasta que lo único que deseaba era llevarla hasta la cama y hacerle el amor hasta que saliera el sol.

Pero no se atrevió a decírselo, porque sabía que Jenny no era la clase de mujer que se lanzaría a una relación física sin más, lo mismo que él estaba convencido de que no era sólo eso lo que deseaba.

Con el corazón latiéndole tan fuerte que podía oírlo, Jenny apoyó la cabeza en su pecho.

–No soy capaz de pensar con claridad cuando me besas.

–Yo tampoco –acarició su espalda y hundió la mano en su cabello–. ¿Crees que es algo malo?

–Pues la verdad es que no lo sé. Me siento tan confusa…

Entendía perfectamente su confusión.

–¿Por qué no hablamos de ello tomándonos una taza de leche? –sugirió.

Ella, con una tímida sonrisa, asintió.

–Una idea excelente.

–Pues aún no has visto nada.

Y volvió a besarla en la boca.

–Íbamos a hablar, ¿recuerdas? –dijo ella un momento después.

–Lo sé, pero es culpa tuya. Me distraes.

–Y tú a mí –contestó ella al oído–. Y me gusta.

La charla tendría que esperar. Hambriento de ella, sembró su cuello de besos, y pasando por el lóbulo de su oreja, avanzó por sus mejillas para besarle los ojos y la punta de su adorable naricilla antes de volver a encontrarse con su boca.

Tras unos minutos de olvido, Ty se obligó a separarse de ella. Al fin y al cabo, era un hombre de carne y hueso.

–Me vuelves loco –dijo, acariciándole la mejilla y resistiéndose al deseo de desatarle la bata y descubrir con qué se iba a la cama.

Ella lo miró a los ojos para decir:

–A mí me ocurre lo mismo.

Sus palabras encendieron un fuego en su interior.

–Siéntate –le dijo, llevándola hasta la mesa–. Voy a calentarte un tazón de leche.

–No. Siéntate tú y yo la preparo.

–De eso nada. Llevas días cuidándome. Ahora lo voy a hacer yo para variar.

Ella le acarició la mejilla con ojos soñadores y dedicándole una sonrisa llena de ternura.

–Me encanta que quieras cuidar de mí.

Aquellas palabras fueron todo un descubrimiento. De verdad quería cuidar de ella, asegurarse de que siempre fuera feliz. ¿Era una locura?

Se iba acercando cada vez más a un lugar del que debería mantenerse alejado a toda costa, pero no parecía capaz de evitar aquella locura. Incapaz de elegir entre mantenerse a salvo y la necesidad de retener a Jenny a su lado, insistió en que se sentara a la mesa y se ocupó de calentar la leche, aprovechando esos segundos para pensar.

Había llegado el momento de hablar. Se lo debía, a ella y a sí mismo, sobre todo sabiendo que Jenny estaba decidida a no mantener una nueva relación tras la muerte de su marido. Necesitaba saber lo que pensaba, preguntarle si creía que existía la posibilidad de una relación entre ellos.

Sólo esperaba no terminar deseando haberse guardado sus secretos sólo para sí.

Ty le sirvió un tazón de leche. Parecía perfectamente cómodo sirviendo a una mujer que, en bata y zapatillas, estaba sentada en la cocina de su casa en plena noche.

–Bueno –dijo, tras tomar un trago de leche caliente–, creo que es el momento de empezar con esa charla.

Ty asintió. Su mirada se había vuelto seria.

–Supongo que sí.

Jenny se mordió el labio. Pero no. No iba a permitir que sus temores la bloquearan. Se trataba de Ty, y lo suyo había dejado ya de ser platónico. Estaba decidida a no lamentar lo que había ocurrido, y aunque estaba muerta de miedo ante la posibilidad de dejar que Ty entrase en su corazón, tendría que ser idiota para no darse cuenta de que era un hombre devoto, honrado y trabajador.

Como también tendría que serlo si se decidía a ignorar que se estaba enamorando de él. Perdida e irremediablemente.

Como una flor entre la hierba, la esperanza floreció en su interior, iluminando un espacio que llevaba a oscuras en su corazón demasiado tiempo.

–Bueno, pues… ¿qué te parece lo que está pasando entre nosotros? –le preguntó sin poder ocultar el temor en la voz.

Él no dijo nada durante un momento. Luego le preguntó:

–¿Por qué no nos vamos al cuarto de estar?

Jenny asintió y ambos salieron. Ty encendió una luz suave y los dos se sentaron en el sofá.

–¿Alguna vez te he hablado de mi madre? –le preguntó.

–No. Tu padre me dijo que se divorciaron hace mucho tiempo y que murió después, pero eso es todo.

Él asintió. Sus ojos se habían vuelto oscuros. Tomó un sorbo de leche.

–Como ya te he contado, yo nací en este rancho. Más tarde he sabido que mi madre no soportaba la vida aquí. Se marchó cuando yo tenía cuatro años. Por supuesto, no supe entonces por qué se había marchado; sólo que un buen día, se marchó.

El corazón se le encogió por el niño desconcertado y confuso que debió ser entonces.

–Seguía en contacto con nosotros, y cuando cumplí ocho años, volvió –sonrió, pero fue un gesto que no alcanzó a sus ojos–. Yo estaba loco de alegría, y mi padre también. Estaba tan feliz que cambió el nombre al rancho y le puso Segunda Oportunidad. Las cosas nos fueron bien durante un tiempo, y parecía ser feliz, pero dos años más tarde vinieron tiempos difíciles y mi padre trabajaba día y noche para mantener a flote el rancho. Oí las suficientes discusiones nocturnas para darme cuenta de que no era feliz aquí, que no le gustaba esta clase de vida. Una mañana me desperté y… –apretó los dientes–. Así, sin más… –chasqueó los dedos–, había

vuelto a desaparecer sin tan siquiera despedirse. Murió dos años más tarde en un accidente de tráfico en California sin que hubiera podido volver a verla.

A Jenny le ardían los ojos y estiró el brazo para tomar su mano.

–Ty… cuánto lo siento.

Él la apretó con fuerza.

–Las cosas se pusieron difíciles y ella se marchó, y Andrea hizo lo mismo cuando Morgan se puso enferma y dejó de encajar en su vida. Ése es el marco de referencia que tengo respecto a las mujeres. Es lo único que conozco. Las mujeres desaparecen cuando las cosas se ponen feas.

Ésa era su verdad. Por fin. Ahora lo entendía todo, y el suyo era un entendimiento visceral. Se había sentido del mismo modo desde la muerte de Jack, que la había dejado sola, sufriendo y decidida a no volver a querer a un hombre jamás.

Ty también había sufrido por amor. Profundamente.

La luz que se había encendido en su interior quedó empañada. Ty era un hombre herido, igual que ella, y era irónico y doloroso descubrir su dolor justo después de que la esperanza de su amor hubiera encendido en ella la posibilidad de volver a la vida.

El miedo, la tristeza, el dolor y la autocompasión se arremolinaban en torno a ella como un mar venenoso. Ahora que había conocido a Ty, la idea de seguir sin él la llenó de tristeza. ¿Sería su destino permanecer sola para siempre?

¿Y por qué se empeñaba en transformar su revelación en autocompasión? Lo que necesitaba de ella era sinceridad, no egoísmo.

–Comprendo lo que me has contado, y entiendo que no quieras volver a correr riesgos.

Él la miró a los ojos.

–Tú también lo crees así, y tienes todas las razones del mundo para no poner en juego tu corazón, ¿no?

–Sí. Hay muchas razones por las que una relación entre nosotros no podría funcionar –añadió, intentando no dejarle ver su desilusión.

–Jenny, mírame –le pidió apretando su mano.

No quería mirarlo, no quería que viera las emociones que estaban desbordándola después de haber tomado la difícil decisión de abrirle su corazón. Pero su relación era demasiado importante como para no hacerlo, así que se volvió hacia él, y la respiración se le congeló en la garganta al ver la ternura brillar en su mirada.

–El nombre de este lugar no encaja con la historia de mis padres

–dijo, y soltó su mano para acariciarle la mejilla–. ¿Y con la mía? ¿Crees que voy a tener una segunda oportunidad?

La esperanza volvió a brotar.

–¿Qué me estás diciendo? –le preguntó, casi temiendo oír su respuesta.

Él se acercó y tomó su cara entre las manos.

–Pues que me he dado cuenta de que quiero ir a un lugar al que juré no volver jamás.

Y volvió a besarla.

Jenny se sentía deseada y llena de vida, y le devolvió el beso abrazada a él.

Tras un momento, Ty se separó de ella y le apartó el pelo de la cara.

–No puedo dejar de besarte.

–¿Y ves que yo me queje? –le preguntó, pegando su cara a la de él. Qué maravilloso era sentir la aspereza de su barba, la unión que había en aquel momento entre ellos.

Él sonrió.

–No exactamente.

La unión que sentía con él le dio el coraje para hacerle una pregunta que le ardía en el pecho.

–¿Y tú? ¿Crees que tienes el valor necesario para darle al amor una segunda oportunidad, a pesar de los riesgos?

La duda apareció en su mirada, pero Jenny intentó con todas sus fuerzas comprenderlo para que esa vacilación no la hiriera. Era obvio que sus heridas lo complicaban todo.

–No todas las mujeres abandonan a los hombres que aman, Ty –le dijo, acariciándole la mejilla–. Algunas, como yo, no lo harían jamás si el verdadero amor fuera la recompensa.

Él no pestañeó.

–¿De verdad lo crees?

Le había hecho una pregunta crucial y se merecía sinceridad absoluta.

–Quiero creerlo así –dijo–. Y creerlo lo transforma todo, ¿no te parece?

Él asintió pero no dijo nada.

–El problema es –continuó ella– cómo confiar en que el amor vaya a durar para siempre y no vuelva a encontrarme con el corazón hecho pedazos.

Ty aún guardó silencio.

–Comprendo lo que dices –contestó al fin–. Lo entiendo perfectamente –suavemente empujó su barbilla para que lo mirara a

los ojos–. Pero me cortaría la mano derecha antes de hacerte daño.

Cómo quería creerlo. Pero la vida le había enseñado a ser cauta.

–Deliberadamente no me harías daño, pero ¿y sin querer?

Él la miró herido, pero había tanto en juego que no podía dejar nada al azar.

–En el rancho podrías sufrir accidentes de muchas clases –respiró hondo–. Podrías caerte del caballo y partirte la espalda, o que un toro te diera una mala coz… no podría soportar perder otra vez a alguien que… quiera.

–¿Tan poca confianza tienes en mí? ¿De verdad crees que me pondría deliberadamente en ese peligro sabiendo que las personas a las que quiero dependen de mí?

–Desde que estoy aquí has tenido dos accidentes. Te has arriesgado tú para evitar que lo hicieran otras personas –dijo, mirándolo a los ojos–. La verdad es que está en tu naturaleza correr riesgos, Ty, y eso me asusta.

Él la miró sin pestañear, sin decir nada.

–Soy ranchero –dijo por fin–. Es mi trabajo y lo que soy, la vida que he elegido. No conozco otro modo de llevar este rancho, y no voy a pedirles a mis hombres que hagan cosas que yo no estoy dispuesto a hacer. Eso no puedo cambiarlo.

–Y yo no te pediría que lo hicieras. Lo que pasa es que no estoy segura de poder arriesgar tanto.

–¿No estás segura? ¿Quieres decir que existe esa posibilidad?

Tenía que responderle con sinceridad, sin darle falsas esperanzas.

–La verdad es que siento algo muy fuerte por ti –dijo, tomando su mano–. ¿Crees que podríamos dejarlo así por ahora?

Era todo lo que le podía ofrecer de momento.

Él acarició su mejilla.

–Como quieras, siempre y cuando me creas cuando te digo que jamás te haría daño deliberadamente.

Jenny sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Ty era un hombre bueno y honrado que no mentiría en algo así.

Incapaz de articular palabra, asintió y se abrazó a él con cuidado de no hacerle daño en las costillas. Él la rodeó por la cintura y ambos quedaron en un nido de seguridad y paz.

–Es todo lo que necesitaba oír por ahora –le susurró al oído–. Gracias.

Él no dijo nada. Se limitó a abrazarla, a besar su pelo. Luego apagó la luz y los dos quedaron sumidos en la oscuridad débilmente rota por la luz de la luna que entraba por el ventanal.

El viento mecía los árboles del jardín mientras Ty veía dormir a la mujer que tenía en los brazos y cuyos cabellos se extendían sobre él como una manta de seda.

Era una mujer tan hermosa por dentro como por fuera, y una felicidad desconocida lo llenaba hasta rebosar. Jenny estaba allí, abrazada a él, confiada hasta el punto de dormirse en sus brazos.

Amor.

Se había resistido a él con todas sus fuerzas, pero no le quedaba más remedio que admitir que quería a aquella mujer generosa, perfecta, bella.

La duda se abrió paso, insidiosa, en su pensamiento. Estaba seguro de sus sentimientos, pero ¿y de los de ella? ¿Qué haría si resultaba no ser capaz de olvidarse del dolor del pasado? ¿Qué haría si acababa abandonándolo?

El miedo le estrujó el corazón con su garra.

No. No iba a permitir que nada le estropeara el primer momento de felicidad que tenía desde hacía tanto tiempo. Se sentía demasiado bien para permitir que sus sentimientos recién descubiertos cayeran víctima de sus temores.

Respiró hondo, y de pronto supo lo que tenía que hacer. Tenía que dejar a un lado su miedo y abrirle su corazón a Jenny.

Tenía que decirle que la quería, aunque después resultara que ella no sentía lo mismo por él. Aunque acabara abandonándolo.

Estaba decidido a correr el riesgo. De otro modo, no conseguiría conservarla.

Para bien o para mal, la luz del día traería consigo su destino.

Capítulo 11

Al día siguiente, Jenny volvía al rancho después de haber pasado la tarde en Baker City para cortarse el pelo y hacerse una limpieza de cutis. Había dejado a las niñas con Sam.

Y durante todo el tiempo no había podido dejar de pensar en lo ocurrido la noche anterior. ¡Incluso había llegado a dormirse en sus brazos!

Tenía que admitir que con él se sentía amada y protegida, quizá más de lo que se había sentido en toda su vida, pero también era cierto que, a la luz del día, era consciente de que su relación avanzaba en una aterradora dirección.

Ty era un hombre maravilloso y único, y estaría loca si permitía que sus temores acabaran con la posibilidad de que pudieran estar juntos en el futuro. Pero por otro lado, también se preguntaba qué ocurriría si su relación no llegaba a buen puerto. ¿Podría seguir trabajando para él? ¿Querría Ty seguir teniéndola en su casa?

Adoraba a Morgan y estaba muy encariñada con Sam, que era un hombre tan dulce como para regalarle aquellas horas que tanto necesitaba para cuidarse un poco. En el rancho había encontrado un lugar seguro para su hija y un lugar en el que dedicarse a su profesión. ¿Qué decisión tomar?

¿De verdad quería dejar escapar a un hombre tan maravilloso como Ty?, se preguntaba cuando tomaba ya el camino interior del rancho. ¿Tendría la fuerza necesaria para hacerlo, llegado el caso?

Detuvo el coche y respiró hondo. Pecar de precavida podría evitarle mucho sufrimiento, pero al mismo tiempo…

Irritada, golpeó el volante con las dos manos. Su pensamiento no había dejado de vagar en círculos desde el momento en que se conocieron. Era un hombre que convivía con el peligro, sí, pero al mismo tiempo era también una persona con un intenso instinto de protección.

Volvió a poner el coche en marcha, y con él, la esperanza. De acuerdo. Tenía que darle una oportunidad. No podía echar a perder la felicidad que había descubierto a su lado.

Poco después, llegaba frente a la casa. Necesitaba correr a su lado, sentir cómo se disipaban todas sus dudas, que era lo que ocurría cuando estaban juntos.

Justo cuando se bajaba del coche, oyó a Ava que la llamaba:

–¡Mami, mira! –gritó.

Se volvió hacia el punto del que provenía su voz, y se quedó helada.

Su preciosa niña estaba subida a un enorme caballo castaño que Ty llevaba de la rienda, y Morgan avanzaba a lomos de un precioso ejemplar pinto. Ty sonreía orgulloso.

El caballo de su hija era descomunal. Un mínimo tirón bastaría para que se soltara y echara a correr, con lo que Ava saldría despedida y caería al suelo. Podía hacerse daño.

O incluso morir.

El terror se apoderó de ella y echó a correr.

–¿Qué demonios estás haciendo? –le gritó a Ty–. ¡Haz el favor de bajar a la niña de ese caballo!

La sonrisa de Ty se desvaneció.

–¿Qué pasa?

–¿Que qué pasa? ¿Necesitas que te conteste?

–Me temo que sí.

Exasperada y furiosa, lo miró fijamente a los ojos.

–No quiero verla subida en un animal peligroso –explicó, estirando los brazos pero sin acercarse–. Dámela. Podría hacerse daño.

Ty le entregó las riendas a Sam.

–Estos caballos son los más mansos que tenemos –dijo mientras desmontaba a la niña y se la entregaba a su madre–. No va a hacerse ningún daño.

Jenny la abrazó con fuerza.

–¿Cómo has podido hacer algo así? Sabes que me aterrorizan los caballos –espetó, y dando media vuelta, echó a andar hacia la casa. Necesitaba alejarse de Ty y de su incapacidad de entender sus miedos, lo mismo que necesitaba sentir que su hija estaba segura.

Ty la siguió.

–Jenny, exageras.

Ella se dio media vuelta.

–¿Ah, sí? ¿De verdad lo crees?

Esperó sin pestañear a que contestara, consciente de que su futuro podía depender de la respuesta.

Un hombre que no podía comprender su necesidad de saber que su hija no corría peligro, o que él mismo no lo corría innecesariamente, nunca podría tener un lugar en su corazón.

Él le devolvió la mirada impertérrito.

–Sí, creo que sí. Lo siento.

Sus palabras fueron como bofetadas, y tras un instante de silencio, se resignó a lo inevitable:

–Entonces, no tenemos nada más que hablar.

Y volvió a sentirse tan sola como antes.

Lo miró a la cara intentando encontrar algo que pudiera curar la herida que le había infligido, pero él seguía sin expresión alguna, como si no tuviera ni idea de lo que le había hecho.

O de lo que había perdido.

–Tengo que irme –dijo, y cerró los ojos un instante antes de dar de nuevo media vuelta y alejarse de él.

Había llegado el momento de marcharse.

Jenny dejó a Ty en mitad del jardín solo, con el sol del verano calentándole los hombros. El corazón le latía dolorosamente, y la confusión y la incredulidad le ardían en las venas.

Había visto lágrimas en los ojos de Jenny; había oído el dolor en su voz. Obviamente había hecho mal en montar a Ava en Misty. ¿Es que Jenny no sabía que jamás permitiría que Ava corriese algún peligro? Debería habérselo dicho así, pero se había quedado tan sorprendido por su reacción que no había podido hacerlo.

¿De verdad habría pensado marcharse?

Tenían que hablar. Tenían que aclarar las cosas para poder decirle que la quería y esperar que así el dolor que sentía en el pecho desapareciera.

–¡Jenny! –la llamó al llegar a la casa, pero no obtuvo respuesta.

Del recibidor salió en dirección a su habitación. Allí la encontró, metiendo a toda velocidad la ropa en la maleta mientras Ava jugaba con una tortuga de trapo.

–Jenny –le dijo con una calma que no sentía–, ¿qué haces?

–La maleta –espetó ella sin mirarlo a la cara.

Ty sintió que se le secaba la garganta.

–¿De verdad vas a marcharte porque Ava ha montado a caballo?

–Sí –respondió–. Sabes perfectamente lo importante que es para mí saber que Ava no corre peligro, y sin embargo la has puesto deliberadamente en una situación en la que podría ocurrirle algún percance. Y no sólo eso, sino que luego te has burlado de mi miedo.

Así que lo había estropeado todo inconscientemente…

–Lo siento. Ten en cuenta que yo me he criado en un rancho, y no he entendido que pudiera asustarte tanto algo que para mí es habitual.

–Ya. Me lo has dejado muy claro, sí.

–Lo siento de verdad –se disculpó, acercándose a ella–. ¿No sabes que nunca haría nada que pudiera poner a las niñas en peligro? ¿No confías en que sea capaz de velar por la seguridad de Ava?

Jenny cerró la maleta de golpe.

–Ya no.

Esas dos palabras le hicieron más daño que la coz del viejo Roscoe.

–No puedes mantener a Ava entre algodones, Jenny, aunque sea con la mejor intención –razonó, tocando su brazo.

Ella se separó y al mirarla sus ojos le parecieron dos esmeraldas, duras y brillantes.

–Yo no hago eso con mi hija.

–Sí que lo haces –contestó, intentando no enfrentarse a ella–. Puede que haya cometido un error montándola a caballo, y luego no he entendido que pudieras haberte asustado tanto, pero creo que estás sacando un poco las cosas de quicio.

–Entonces, me alegro de que lo que tú pienses ya no me importe –espetó, y dejó la maleta en el suelo.

Sus palabras volvieron a hacerle daño. Perder su respeto era un dolor como el de una aguja en la silla de montar.

No quería perderla. Había sido tan feliz con ella que el corazón se le secaba sólo con pensar en su marcha.

Sin saber qué hacer, la veía ir y venir por la habitación, recoger cosas como si él no estuviera allí, dejándolo sin capacidad de maniobra, solo, sin control sobre los acontecimientos.

–Jenny, mírame –le pidió, y ella se volvió. La desconfianza era patente en su mirada–. Por favor, no huyas de mí.

–No huyo de ti. Simplemente estoy haciendo lo que debo por el bien de Ava.

–No te creo –contestó, acercándose. Tenía que tocarla para recordarle su unión y con un solo dedo le acarició la mejilla–. Creo que es el hecho de que sientas algo por mí lo que te asusta. Te resulta más fácil huir utilizando el pretexto de Ava que admitir la verdad, quedarte y arriesgar tu corazón.

Ella se echó a reír.

–Qué ridiculez –dijo, apartándose de él y colgándose el asa de una enorme bolsa de viaje–. ¿Me dejas salir, por favor?

Un miedo cegador lo estaba quemando como un río de ácido.

–No quiero que te vayas.

–Encontrarás a otra que ocupe mi puesto. No es tan difícil contratar a una enfermera.

–¡Maldita sea, Jenny! Sabes perfectamente que no me refiero a eso, sino a lo que pasó entre nosotros anoche. ¿De verdad vas a olvidarte de todo?

Ella tardó un momento en contestar, y la esperanza resurgió.

–Sí –contestó con un hilo de voz–. Tengo que hacerlo. Quedarme es demasiado peligroso. No sólo me preocupa Ava. Tú también. ¿Y si vuelves a sufrir otro accidente? ¿Y si te matas? No podría soportarlo. Adiós, Ty.

Y volvió a dejarlo solo.

Aturdido y sufriendo, la siguió hasta la puerta principal, preguntándose cómo podría haberse estropeado todo en un abrir y cerrar de ojos.

Jenny llegó a su coche, abrió el maletero y metió la maleta y la bolsa. Luego subió a Ava a su sillita.

–Debería despedirme de Morgan –dijo cuando terminó y cerró la puerta de la niña–, pero me temo que sería peor.

Era admirable que se acordara de la niña en un momento así. Ni su propia madre ni Andrea se habían preocupado por los hijos que dejaban atrás.

–Entra y despídete de ella –le dijo–. Es más de lo que hizo su madre. Yo me quedo aquí con Ava.

Jenny asintió y volvió a entrar en la casa.

Como un autómata Ty abrió la puerta del coche y se despidió de la niña sin querer pararse a pensar cómo iba a explicarle a su hija la desaparición de su amiga.

Poco después, Jenny volvió a salir. Lloraba abiertamente y se tapaba la boca con una mano.

Ty se acercó a ella con intención de consolarla, pero ella no lo aceptó.

–No –le dijo, levantando una mano–. No puedo hablar ahora. Tengo que irme.

–Espera –insistió él–. Lo que tengo que preguntarte es demasiado importante para dejarlo pasar. Cuando hablamos anoche, me dijiste que no todas las mujeres abandonan a los hombres que aman; que algunas, como tú, perdurarían si encontraban el amor verdadero.

Jenny, con la mirada clavada en el suelo, asintió.

–¿Mentías, Jenny?

Tras una larga pausa, lo miró. Lloraba.

–No. No mentía. Era un pensamiento, pero no una verdad teologal. Si recuerdas, también te dije que no sabía cómo iba a confiar en que un amor durase para siempre y no terminara dejándome sola y destrozada.

Sí, también recordaba esas palabras.

–Entonces, ¿prefieres estar sola que arriesgarte a estar conmigo?

Ella se limitó a asentir con un movimiento apenas perceptible.

Con el corazón en un puño, se obligó a aceptar su decisión. La historia volvía a repetirse.

No iba a rogar o a implorar que cambiara de opinión. Le había dicho lo que pensaba y ella le había escupido en la cara.

–Bien –fue todo lo que dijo.

Jenny apretó los dientes y subió al coche sin mirarlo.

Ty la vio alejarse mientras pensaba que la historia de su vida volvía a repetirse: Jenny lo abandonaba cuando las cosas empezaban a ponerse feas. Había salido huyendo como alma que lleva el diablo en cuanto había tenido que enfrentarse a una situación que la asustaba.

Comprendía su deseo de proteger a Ava, pero la niña no corría ningún peligro estando con él y la marcha de su madre dejaba bien claro la falta de respeto que le inspiraba.

¿Cómo había sido tan tonto para permitir que aquella mujer le llegara tan fácilmente al corazón? ¿Cómo se había podido olvidar de lo que otras mujeres habían hecho con él?

No tenía ni idea, pero podía jurar que nunca más permitiría que el amor le abrasara el corazón.

Jenny se había asegurado bien de que así fuera.

Capítulo 12

Cuando Jenny desapareció con su coche, Ty entró a grandes zancadas en su casa, apretando tanto los dientes que le dolían las mandíbulas.

Maldición. Necesitaba estar solo con sus pensamientos. En ocasiones como aquélla desearía ser de esos tíos que tienen la nevera atiborrada de latas de cerveza y que no tienen inconveniente alguno en bebérselas todas.

Se encontró con su padre esperando como un buitre en el salón.

–¿Dónde está Morgan? –le preguntó.

–Durmiendo.

Ty asintió.

–Gracias por ocuparte de ella –dijo, y salió en dirección a su habitación.

–Vas a ir a buscarla, ¿verdad? –le preguntó sin darle tiempo a escapar–. Date prisa. Si sales ahora, todavía puedes alcanzarla.

Ty suspiró. Su padre siempre sabía cómo ir al grano.

–De eso nada. Se ha marchado, y punto. Fin de la historia.

–¿Cómo puedes dejar que se te escape esa mujer? –espetó–. Es evidente que la quieres.

–Basta, papá.

No quería hablar de ello, revivir la última media hora que había pasado con Jenny, ni hablar o pensar en el amor durante el próximo siglo. Sólo quería pasar página y olvidarse de una mujer rubia de ojos verdes que le había destrozado el corazón.

–No, no voy a callarme. Jenny y tú tenéis algo raro y difícil de encontrar; algo por lo que merece la pena luchar. No puedes dejarlo escapar, hijo.

Estaba claro que don Romántico no iba a dejarlo en paz.

–Papá, no quiero hablar de esto contigo, pero como insistes tanto, lo voy a hacer –se sentó en el sofá. Las costillas habían vuelto a molestarlo–. El amor no es algo tan precioso como tú te crees. Sólo provoca dolor. Andrea es un ejemplo, y mamá otro.

Su padre lo miró sorprendido.

–¿Qué tiene que ver tu madre con todo esto?

Ty se encogió de hombros.

–Se marchó, lo mismo que Andrea y que Jenny. ¿Es que no te

das cuenta? Las mujeres desaparecen cuando las cosas no van como ellas querrían. Es así de sencillo.

Sam se sentó junto a su hijo.

–Hijo mío, creo que tenemos que hablar.

–Hablar no va a cambiar nada. El amor no es algo en lo que se pueda confiar, ni ahora ni nunca.

Jamás volvería a olvidar esa lección.

–Estás equivocado respecto a tu madre, Ty.

–¿A qué te refieres? –preguntó, enarcando las cejas.

–Tu madre no se marchó porque las cosas se hubieran puesto difíciles, Ty –suspiró–. Se marchó porque yo le pedí que se fuera.

–¿Qué?

–Ella quería quedarse. No quería dejarte.

Ty sintió que el corazón dejaba de latirle, pero no dijo nada. No fue capaz.

–Yo sabía que no era feliz aquí en el rancho, y no quería retenerla aquí sabiendo que odiaba esta forma de vida y que terminaría odiándome si le pedía que se quedara –miró a Ty con tristeza–. Si no hubiera muerto, se habría puesto en contacto contigo, estoy seguro.

Ty sintió que la tierra le faltaba bajo los pies.

–¿Por qué no me contaste esto antes?

Su padre levantó un hombro.

–Era algo personal, y yo no tenía ni idea de que la marcha de tu madre te hubiera afectado tanto –miró a Ty con remordimientos y sinceridad–. De haberlo sabido, te lo habría dicho antes, te lo prometo.

A pesar de todo, Ty lo creyó. Comprendía por qué un padre querría ocultar sus problemas conyugales a su hijo. Él no querría cargar a Morgan con la amargura de su historia con Andrea.

–Estoy aturdido –dijo Ty–. Y yo pensando que mamá se había marchado porque era incapaz de enfrentarse a la situación. Jamás habría podido imaginarme que tú la hubieras animado a irse.

–Ahora que lo sabes, ¿supone alguna diferencia en lo sucedido entre Jenny y tú?

Ty repasó la situación mentalmente. Se resistió al impulso de cargarle su amargura a su padre, y sintió cierto alivio al descubrir que su padre había querido quedarse.

Pero lo que les había pasado a sus padres no suponía ninguna diferencia en cuanto a Jenny y él.

–No. Aunque me alegro de saber la verdad, no puedo olvidar el hecho de que Jenny sí se ha marchado en lugar de plantarle cara a

la situación. En lugar de darme una oportunidad.

El dolor se acercaba cada vez más a su corazón.

–¿Estás seguro? Porque sé por experiencia que dejar que se vaya la mujer a la que quieres es algo que lamentarás durante el resto de tu vida.

Ty miró a su padre y pensó en la felicidad que había tenido que sacrificar por la mujer a la que quería tanto como para dejarla marchar.

Pero eso no cambiaba nada.

Jenny se había marchado por voluntad propia. Había elegido su camino libremente.

Eso lo decía todo: Jenny no lo quería lo suficiente para quedarse.

Tenía que aceptarlo, por vacío y solo que se sintiera, por mucho que deseara que las cosas fueran distintas.

Había crecido en el rancho Segunda Oportunidad, pero tan seguro como que era de día, no iba a tener esa segunda oportunidad con Jenny.

Con el pecho ardiendo de emociones encontradas (remordimientos, tristeza, soledad…), Jenny se marchó del rancho y de la gente que vivía en él, de la gente que había llegado a ser su familia. Decirle adiós a Morgan y Sam había estado a punto de romperle el corazón.

Por mucho que lo intentara, no podía dejar de pensar en una cosa: lo que Ty le había dicho sobre envolver en algodón a Ava para el resto de su vida.

¿Estaría en lo cierto? Dios bendito: ¿estaría haciendo eso? ¿Estaría hiperprotegiendo a Ava cuando en realidad todo se reducía a sus propios miedos?

Se detuvo un momento en la cuneta de la carretera. El cielo se estaba cubriendo de nubes oscuras. Tenía que pensar. Por suerte, Ava se había quedado dormida hacía unos veinte minutos.

En realidad, su comentario sobre el algodón no era lo importante. Eran aquellas otras palabras en las que decía «Te es más fácil huir utilizando el pretexto de Ava que admitir la verdad, quedarte y arriesgar tu corazón».

No le quedaba otro remedio que pensar en ello, descubrir cuáles eran sus verdaderas motivaciones para marcharse.

Se lo debía a él, y a sí misma.

Se había enfadado mucho porque hubiera montado a Ava en

aquel caballazo. Le había dicho el miedo que le daban esos animales y él no había hecho caso. Pero en el fondo de su corazón sabía que Ty nunca pondría en peligro a Ava. Un hombre bueno como él, padre devoto y adulto responsable y cariñoso, jamás haría otra cosa que no fuera proteger a Ava.

Bajo aquella excusa latía la verdad: que temía tener que volver a pasar por la angustia que había sido la muerte de Jack.

No podía seguir negando lo que sentía por Jack. Lo quería. Más que a su propia vida.

Y eso la tenía aterrorizada.

Aun así, tenía que admitir que la idea de estar sin Ty, de hacerse mayor sin tenerlo a su lado, de no darle jamás un hijo, la asustaba todavía más.

Había sido una estúpida y una cobarde marchándose así, dejando a un hombre tan maravilloso. La vida estaba llena de incertidumbres, y las pérdidas eran inevitables. Tenía que aceptarlo, por su bien y por el de Ty.

Entonces supo lo que tenía que hacer. Apretando los dientes y con el estómago hecho un nudo, dio media vuelta y se encaminó de vuelta al rancho.

Iba a luchar por Ty y por su amor. Sólo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Con el miedo abrasándole la piel como el hierro candente con el que se marcaban las reses, Ty corrió a la cocina con su hija inconsciente en los brazos.

¿Cómo podía haber sido tan idiota? Había dejado que la niña durmiera más de lo normal, con lo cual no se había tomado la merienda a su hora, y cuando había ido a verla no había podido despertarla.

Había estado muy activa aquel día, no había comido lo que debía y se había presentado un bajón en su nivel de azúcar, dejándola inconsciente.

Y él estaba solo. Jenny se había marchado, su padre había salido a caballo a la valla del norte con Dusty. La espalda debía de habérsele curado milagrosamente.

Llegó a la cocina, marcó el 112 y le hizo un breve resumen de la situación a la operadora. Después colgó y sosteniendo a Morgan en un brazo, sacó del botiquín la inyección. Sin hacer caso del dolor de sus costillas, corrió de nuevo al salón para dejar a Morgan sobre la alfombra y poder preparar la inyección.

Temblando abrió la caja y preparó la inyección. Menos mal que no era la primera vez que lo hacía porque tenía que estar completamente seguro de hacerlo correctamente y que el nivel de azúcar en sangre de Morgan alcanzase los valores necesarios para sacarla de la inconsciencia.

Una vez mezclado el polvo con el fluido, cargó la jeringuilla. Dios, la aguja era enorme, e iba a tener que clavársela a su hija.

Apretó los dientes. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Limpió el muslo de Morgan con alcohol y empuñó la jeringuilla, pero las manos le temblaban de tal modo que temió no ser capaz de hacerlo correctamente.

Frenético respiró hondo y se obligó a calmarse para volver a intentarlo.

–Ty, déjame a mí.

Alzó la mirada y vio a Jenny allí, con Ava a la cadera y tendiéndole la mano.

–¿Has olvidado algo?

–Dame la jeringuilla.

Él negó con la cabeza.

–No. Tengo que hacerlo yo.

Jenny se arrodilló a su lado.

–No siempre vas a poder hacerlo tú todo –le dijo, tocándole un brazo–. A veces hay que confiar en los demás.

Ty cerró los ojos. Sí, tenía razón. Había llegado ese momento. Le entregó la jeringuilla y tomó en brazos a Ava. ¿Qué le pasaba? No podía poner en peligro la vida de su hija sólo por no confiar en otra persona.

Con la eficiencia que daba la práctica, Jenny administró la dosis a la pequeña.

Ya sólo podían esperar.

Hora y media más tarde, Ty respiró hondo y le dio las gracias a Dios porque Morgan se hubiera recuperado.

Una vez administrada la glucosa, Jenny había esperado pacientemente mientras él acunaba a la niña en sus brazos. Su padre había vuelto justo a tiempo de leerle un cuento a Ava en el porche.

Afortunadamente, Morgan recuperó la consciencia quince minutos después de que Jenny le pusiera la inyección.

La ambulancia llegó poco después y tras comprobar su tensión y su estado general, volvieron a marcharse.

En aquel momento, Morgan estaba jugando tranquilamente con Ava en el cuarto de estar.

Sí. La amiga querida de su hija había vuelto.

Y también su madre.

Ty se pasó una mano por el pelo. Jenny lo había impresionado. Lo había obligado a entregarle la jeringa a pensar de que estaba decidido a hacerlo todo él, como siempre.

No sólo había vuelto, lo cual tenía que haberle resultado difícil, sino que lo había ayudado cuando más lo necesitaba.

Pero eso de necesitar a alguien no le hacía ninguna gracia. No le gustaba pensar en el dolor que lo esperaba cuando esa persona desapareciera. Y tenía que admitir que la necesitaba en muchos sentidos, no sólo en el de cuidar de Morgan. Necesitaba que ella lo quisiera del mismo modo que él la amaba a ella: con todo su corazón.

Tenía que decírselo, antes de que pudiera volver a dejarlo.

Decidido se encaminó a la cocina.

Jenny estaba preparando una sopa y al oírlo entrar, se volvió hacia él.

Dios, qué preciosa era. Perfecta. Tan hermosa, generosa y llena de amor…

Y era suya. Iba a asegurarse de ello de una vez por todas.

–Ty…

Oírla pronunciar su nombre fue todo lo que necesitó. Sin pronunciar palabra se acercó a ella, la tomó en brazos y la besó. Y ella, rodeándolo por la cintura, le devolvió el beso.

Fue un beso lleno de amor y de devoción que borró cualquier duda de su corazón.

–Te quiero, Jenny Brewster –le dijo, mirándola a los ojos.

Ella respiró hondo.

–Ty, yo…

–¿Puedes olvidar el dolor y la tristeza del pasado y correr el riesgo de quererme?

Las lágrimas le rodaron por las mejillas, pero sonreía.

–¿Sabes lo que estaba haciendo?

Él miró la cocina.

–¿Calentar la cena? –bromeó.

–No. Estaba intentando hacer acopio de valor para decirte una cosa.

Él se quedó paralizado.

–¿Qué cosa?

Ella lo besó en la barbilla.

–Que te quiero más que a nada en el mundo.

La felicidad le explotó en el corazón.

–¿Estás segura?

Ella sonrió y le acarició la mejilla.

–Nunca he estado tan segura de algo en toda mi vida. Mientras conducía, me he dado cuenta de que tenías razón: estaba huyendo de mis sentimientos por ti, y no por la seguridad de Ava.

Él fue a contestar, pero ella levantó una mano.

–Hay más. También me he dado cuenta de que tenía que aceptar mi pérdida, y que alejarme de ti sería el mayor error de mi vida –volvió a besarlo–. Tú eres el hombre que hace que mi corazón vuelva a sentirse completo. Quiero aprovechar al máximo el tiempo que vayamos a tener juntos.

Su alma fue un estallido de fuegos artificiales. La abrazó y la besó con el corazón latiendo acompasado con el suyo.

–Vamos a decirles a las niñas que el rancho La Segunda Oportunidad por fin ha hecho honor a su nombre.

Abrazándose a él, Jenny asintió con una sonrisa.

–Una segunda oportunidad –repitió en voz baja–. Para los dos. Me gusta como suena.

–A mí también.

Juntos entraron en el cuarto de estar.

–A ver –dijo él–, ¿a quién le gustaría llevar las arras en nuestra boda?

Entre los gritos de alegría de las niñas y las exclamaciones de satisfacción de su padre, Jenny lo miró con los ojos de par en par.

–¿Qué? –respondió Ty, todo inocencia–. Quiero que te cases conmigo.

–Una forma muy poco normal de pedirlo –sonrió ella–. Vamos a tener un par de palabritas sobre tu concepto del romanticismo.

Ty no se lo pensó dos veces. Poniéndose de rodillas, tomó su mano y mirándola a los ojos declaró:

–Te quiero, Jenny Brewster. ¿Quieres casarte conmigo?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Creía que no ibas a pedírmelo nunca.

Ty se levantó y Jenny entró en el escudo protector de sus brazos e invitó a las niñas a unirse a su círculo de amor.

Con el corazón rebosante de alegría, Ty se juró que nunca dejaría escapar aquel amor.